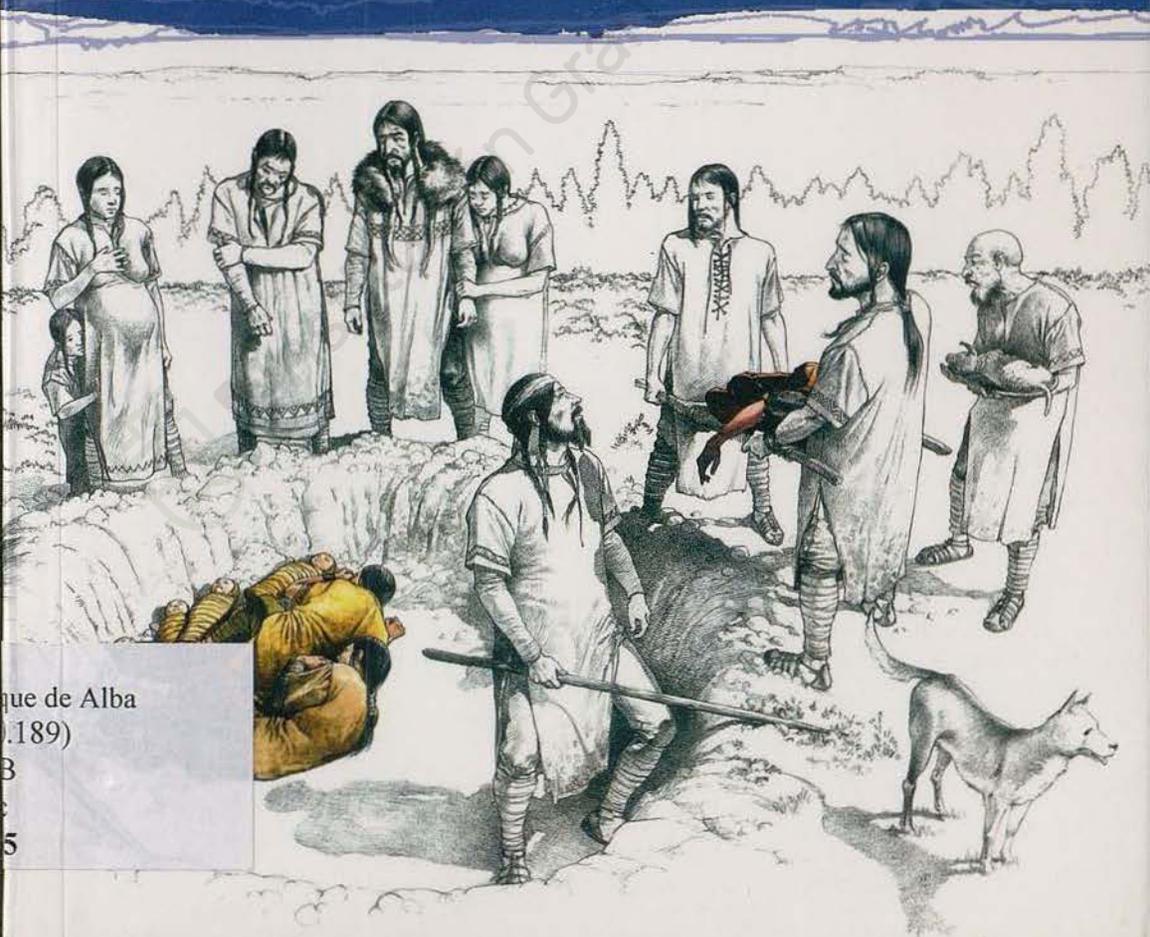


Hace 4.600 Años, en *El Tomillar*

(BERCIAL DE ZAPARDIEL Ávila)

J. Francisco Fabián García



que de Alba
(189)
B
5



Hace 4.600 Años, en *El Tomillar*

(BERCIAL DE ZAPARDIEL Ávila)

J. Francisco Fabián García



Textos

J. Francisco Fabián García

Procedencia de las figuras

Todas las fotografías y dibujos que aparecen en el texto pertenecen al autor excepto los siguientes:

Cubierta: José Muñoz Domínguez

Pág. 3: José Antonio López Sáez.

Págs. 13 y 15: ilustración de Luis Pascual Repiso. (Aratikos

Arqueólogos S.L.) en M. Rojo, R. Garrido, I. García y C. Tejedor:

Los primeros agricultores y ganaderos del interior peninsular. 2008.

Págs. 18, 19, 21, 22, 23, 25, 26, 29 (centro), 31, 35, 39 y 41: ilustraciones de José Muñoz Domínguez

Pág. 42: Antonio Blanco González.

Edita

Institución "Gran Duque de Alba"
Diputación de Ávila

Diseño y maquetación

Zink Soluciones creativas

Imprime

Imcodávila, S. A.

Depósito legal: AV-01-2009

PRÓLOGO ●●●

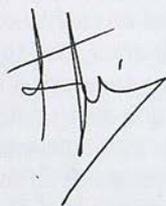
La historia del ser humano es muy larga, tanto que aunque creemos abarcarla a base de ponerle cifras que la van escalonando, en realidad no podemos hacernos una idea exacta desde nuestra brevedad particular. Cada paso que ha dado la humanidad ha significado el transcurso de muchas generaciones, cuya traducción en tiempo implica cientos de años. La velocidad de los acontecimientos e innovaciones que mueven nuestro presente y el más inmediato pasado, dificultan entender con facilidad la lentitud de lo sucedido en el tiempo pasado y el largo caminar de la humanidad hasta llegar al presente.

Imaginar desde nuestro tiempo, desde la confortabilidad de cuanto compone nuestra existencia, la dureza de la vida hace 4.000 años, con todas sus dificultades, problemas e inconvenientes, implica para nosotros una sensación casi fantástica e irreal, propia más de un cuento que de la realidad. Y sin embargo sucedió y fue igual de duro y de complicado salir adelante en aquel tiempo con los medios que poseían. Si logramos adentrarnos en situaciones como las consecuencias de una sequía, una mala cosecha, la impotencia ante una epidemia o los desastres y abusos de los conflictos humanos, presentes en todas las fases de la Historia, estaremos más cerca de entender un pasado de esfuerzos y penurias, como también de las alegrías, en la otra cara de la vida humana. En la conciencia de que somos los herederos actuales de tal pasado y de la lucha del ser humano por sobrevivir, estaremos en condiciones de conocer y valorar todo lo que hay detrás.

La Arqueología, como técnica asociada a la ciencia histórica con todos sus medios y avances, nos permite acercarnos cada día más y con más concreción al conocimiento de la vida en todos los tiempos y de todas las circunstancias que la compusieron. Conocerlo por parte de la sociedad y propiciar su conocimiento por quienes tenemos la responsabilidad y los medios para facilitarlos, es una obligación y también un placer. La aplicación de los estudios y métodos como el Carbono 14, la identificación del polen para conocer el paisaje y el clima de un tiempo tan lejano, los patrones de la alimentación de los habitantes de aquellas aldeas, su aspecto físico, los cultivos concretos que llevaban a cabo, etc., sirven para estar más cerca visualmente de tiempos remotos.

Todo ello ha sido posible en un yacimiento como El Tomillar, cuya fama a partir de sus hallazgos arqueológicos traspasa desde hace tiempo los límites de difusión más inmediatos, como se dice en las páginas que siguen. La participación coordinada de varias administraciones en el fin común de investigar sobre nuestro pasado y difundirlo por todos los canales ha sido en este caso un fin muy claro y directo. De tal forma se ha conseguido no sólo la investigación que nos acerca al pasado, sino también la publicación de los resultados que implican la inclusión en el panorama científico de hallazgos de singular valor. Faltaba, como última responsabilidad, acercar al público en general todo lo averiguado. Ese es el cometido de la exposición en Bercial de Zapardiel y de esta publicación en tono divulgativo que la complementa. Planificada por los tres organismos que han hecho posible las investigaciones –Junta de Castilla y León, Diputación de Ávila y Ayuntamiento de Bercial de Zapardiel– pretende acercar a todos los ciudadanos nuestro pasado menos conocido y provocar las reflexiones que necesariamente y para nuestro placer, ofrece un tiempo que llevamos incorporado a nuestra existencia actual.

EL PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN
PROVINCIAL DE ÁVILA



AGUSTÍN GONZÁLEZ GONZÁLEZ

EL DELEGADO TERRITORIAL DE LA
JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN EN ÁVILA



Fco. JOSÉ SÁNCHEZ GÓMEZ

EL ALCALDE DE BERCIAL DE
ZAPARDIEL



FIDEL RODRÍGUEZ MARTÍN



ÍNDICE ●●●

Prólogo	5
Introducción	9
Técnicas y métodos para saber la vida en El Tomillar	11
Vivir en la Edad del Cobre	13
El Tomillar en el tiempo	16
El entorno de El Tomillar en aquel tiempo	18
Lo que la Arqueología ha mostrado	21
La forma de organizarse la vida	26
Los habitantes de El Tomillar y sus circunstancias	34
Los recursos que posibilitaban la vida	35
La muerte en El Tomillar	38
Relacionarse con otros lugares	42
Reconstrucción de la vida en El Tomillar	43

INTRODUCCIÓN ●●●

Es difícil imaginarse con exactitud cómo pudo ser la vida en las inmediaciones de Bercial de Zapardiel o en otro cualquier sitio nada menos que en el 2600 a.C., es decir 4.600 años antes de ahora. Sólo unas pocas cosas eran entonces igual a como son hoy. La Arqueología es una técnica de la ciencia histórica encargada de estudiar los restos del pasado ocultos bajo la tierra y por tanto de reconstruir lo que existió en la ya larga trayectoria del ser humano. Trabaja, por tanto, para acercar tiempos tan remotos a nuestro conocimiento y para que el ser humano se explique su camino hasta el presente. Pero también para aprender del pasado, aunque creamos que del pasado no se puede aprender, por vanidades del presente.



Dos momentos de las excavaciones arqueológicas en El Tomillar.

¿Cómo se indaga en un pasado tan lejano? Se indaga, primero, conociendo bien el yacimiento y su entorno, porque es necesario averiguar las posibilidades de vida con que contaron quienes vivieron allí. Después de eso hay que desenterrar los restos que oculta la tierra y hacerlo tan correctamente que sirvan al historiador después para interpretar lo más fielmente posible lo que fue la realidad. Después, como tareas de laboratorio y gabinete, hay que identificar cada detalle, cada pista y cada objeto. Y, finalmente, comparando y reuniendo todos los detalles, habrá que conformar una interpretación que lo explique. Cada objeto y cada detalle que encontramos guarda relación con lo que se vivió en el lugar, por eso no se desperdicia nunca nada que pueda contener información. El papel del arqueólogo es averiguar la relación de cada elemento con el todo y viceversa. Exactamente como si tuviéramos que estudiar cada objeto y cada circunstancia que tenemos en nuestras casas. Todo tiene alguna relación con nosotros y con la vida que llevamos. Con esa idea hemos trabajado en El Tomillar durante 18 años.

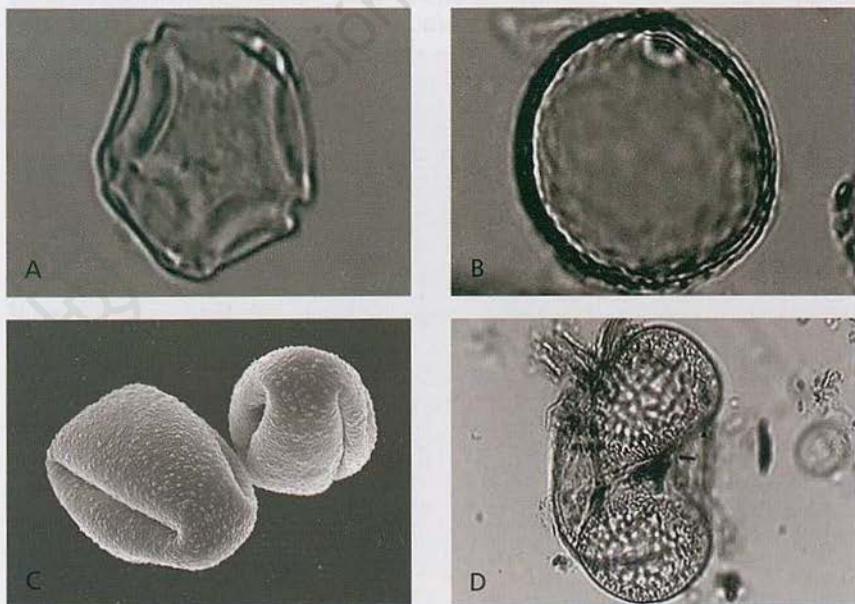
Después de que Fidel Rodríguez y Edilberto Arenas encontraran el yacimiento, fue preciso excavar en él con todos los cuidados. En distintas campañas de excavación bajo la dirección de J. Francisco Fabián fueron investigadas diferentes estructuras: silos para guardar cereal, una posible cabaña, dos enterramientos de gran importancia y algunos otros elementos que formaron parte de la vida de aquellas gentes unos 4.600 años atrás. Todo ello deparó una enorme cantidad de restos desechados o perdidos por ellos que hubo que limpiar, catalogar, dibujar y estudiar con sumo cuidado. El ayuntamiento de Bercial de Zapardiel, personalizado por los sucesivos alcaldes Luis Arévalo, Bruno Coca y Fidel Rodríguez, en este orden cronológico, no sólo apoyaron nuestra labor, sino que la facilitaron, poniendo los medios de que disponían a nuestro alcance para ayudarnos en las excavaciones y en la limpieza de los materiales obtenidos. Con todos estos alcaldes y sus respectivas corporaciones tenemos una deuda de gratitud, como también con todas aquellas personas que, dispuestas por el ayuntamiento, trabajaron ayudándonos responsablemente y con el máximo interés. Pero además del apoyo institucional local, no podemos dejar de mencionar la ayuda y el entusiasmo con nuestra labor de Fidel Rodríguez y Edilberto Arenas, ni las facilidades dadas por Castor García Hidalgo, Antonio García Hidalgo y Fabio Arenas para que investigáramos en las tierras que cultivaban. Así mismo hemos de agradecer la cariñosa acogida que los arqueólogos recibimos siempre de las gentes de Bercial de Zapardiel, acompañándonos muchas veces en las duras tareas de campo de los inviernos fríos o simplemente saludando su trabajo, un detalle sutil, pero importante para nosotros. Por todo ello Bercial de Zapardiel será, además de un lugar en el que hemos disfrutado de nuestra profesión, un sitio entrañable donde volver es siempre una satisfacción y donde trabajar exponiendo los resultados es, además de una obligación, un placer.

TÉCNICAS Y MÉTODOS PARA SABER LA VIDA EN EL TOMILLAR ●●●

A toda investigación arqueológica de campo le siguen inevitablemente una serie de estudios y análisis imprescindibles. Sin ellos no conseguiríamos hilar grandes detalles de la vida en un tiempo tan lejano. Cada uno lo llevan a cabo especialistas concretos que hacen un informe de resultados para el arqueólogo. Los que siguen son los estudios complementarios llevados a cabo para El Tomillar.

En el laboratorio Beta Analytic de Miami (USA), en el Laboratorium voor Algemene Natuurkunde de la Universidad de Groningen (Holanda) y en el Laboratorio de Carbono-14 del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de Madrid se han hecho dataciones de Carbono 14 para averiguar el tiempo en años en que fue habitado El Tomillar. Los paleontólogos María Garnica y Angela von Driesh de la universidad de Munich, por un lado, y sobre todo, José Antonio Riquelme, de la universidad de Granada, han estudiado los huesos de los animales que fueron la comida de las gentes de El Tomillar. Gracias a ellos sabemos qué animales componían su cabaña ganadera y qué otros animales salvajes cazaban por estar en el entorno así como cuáles eran las estrategias de consumo y sacrificio de las especies domésticas.

También hemos conocido el clima y el paisaje en el que vivieron. Se sabe a través de los análisis del polen antiguo. El polen que cada primavera inunda invisiblemente el aire se conserva durante miles de años. En cada excavación los arqueólogos toman muestras de tierra para el palinólogo. Este, tras un



Polénes identificados al microscopio de El Tomillar: A - Aliso, B - Cereal, C - Encina, D - Pino

proceso de laboratorio, identifica los pólenes existentes y, a partir de los resultados, reconstruye el paisaje vegetal que hubo. Al estar directamente relacionado el tipo de paisaje con el clima, puede saberse también el clima que había. Pero aún puede darnos más datos interesantes, por ejemplo el grado de intervención en el paisaje del hombre, la importancia de su presencia allí con sus ganados y cultivos, ya que esto suele provocar la aparición de una serie de plantas condicionadas por la presencia del hombre y sus actividades. Este trabajo lo han hecho en El Tomillar Francesc Burjachs Casas y J. Antonio López Sáez, del Laboratorio de Arqueobotánica del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de Madrid.

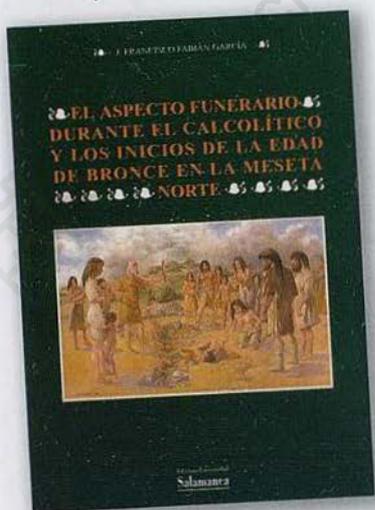
Fue frecuente en las excavaciones hallar carbones procedentes de los fuegos. Y resultó de gran importancia averiguar las especies a las que pertenecían para conocer las estrategias de utilización de lo vegetal en el fuego, un elemento del que siempre dependían. Este trabajo lo hizo con nuestras muestras Carme Cubero Corpas en Tarrasa (Barcelona).

No menos importante ha sido estudiar la composición de los útiles metálicos encontrados y de los desechos que provocaba su fundición. Fue preciso saber si se trataba de cobre o de bronce, porque el cobre apareció antes que el bronce y porque era necesario conocer la tecnología aplicada para fundir a más de mil grados de temperatura en un tiempo en que la tecnología era muy básica. Salvador Rovira, del Museo Arqueológico Nacional, se encargó de este estudio, determinando la composición de cada fragmento de cobre encontrado.

Todos estos trabajos son costosos económicamente. La Junta de Castilla y León y la Diputación de Ávila los financiaron. La primera, además, pagó también una de las fases de excavación en la que fue preciso contratar arqueólogos de apoyo, debido a la premura en excavar una serie de estructuras para repoblar con pinos el terreno público de El Tomillar.

Finalmente la universidad de Salamanca colaboró en 1995 con la publicación de un libro donde se daba cuenta de la novedad que aportaba al estudio de los rituales funerarios la excavación de la Fosa 1, con restos de 11 individuos. Este libro ha divulgado el nombre de Bercial de Zapardiel por muchos países, como aparece en Internet.

Seguramente no faltaba otra cosa que una exposición de los resultados. Nuevamente la Junta de Castilla y León y la Diputación de Ávila en lo económico y el Ayuntamiento de Bercial de Zapardiel en la logística la han hecho posible.

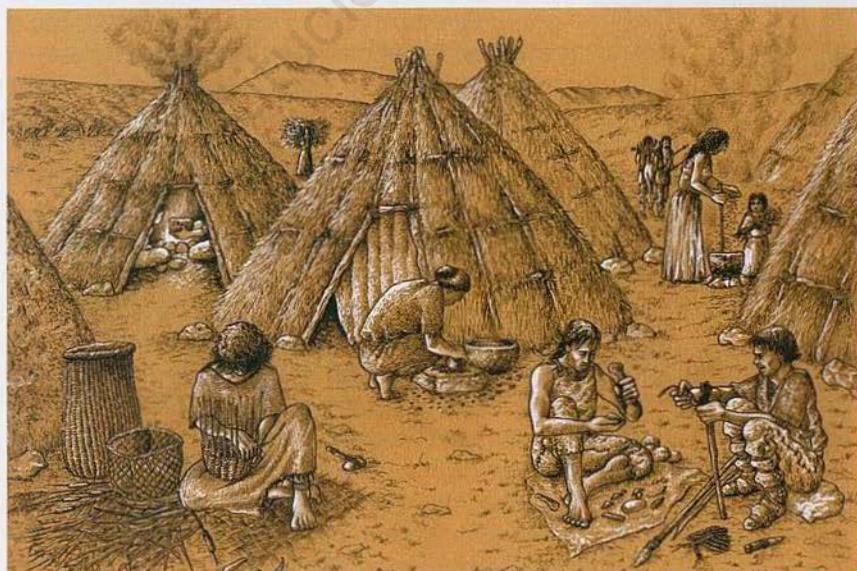


Libro sobre El Tomillar publicado en 1995 por la universidad de Salamanca

VIVIR EN LA EDAD DEL COBRE ●●●

Hubo un tiempo, entre el 80.000 y el 10.000 a.C., en el que Europa se vio sumida en un clima muy frío, siendo el hielo un protagonista inevitable en la vida de los seres humanos. A eso se le ha llamado "*el tiempo de la última glaciación*". Cuando las glaciaciones dejaron paso a un clima más suave y similar al actual, comenzó una etapa nueva en todos los sentidos: vegetación nueva, animales diferentes y posibilidades de vida también nuevas. En ese tiempo nuevo estamos todavía. El ser humano dejó de depender de los animales salvajes y de sus movimientos estacionales –puesto que antes había sido sólo cazador y recolector– e inició una etapa crucial en su historia, la que iba a llevarle al lugar que tiene hoy. Se hizo productor. Inventó la agricultura, sumó a ello la domesticación de los animales que le interesaban y con ello emprendió la mayor revolución que haya conocido la humanidad. Fruto de lo anterior le cambiaron muchas cosas: mejor alimentación, mejor reproducción y, en consecuencia, apareció un modo de vida nuevo por el que dependía más de sí mismo y de su trabajo.

Resultado de todo ello, como es lógico, fue el aumento demográfico que a su vez hizo posible la ocupación con más intensidad de tierras antes despobladas al haber sido muchos menos los pobladores. A este tiempo nuevo se le conoce en la Historia como el Neolítico. En algunos puntos de la Península Ibérica, por ejemplo la zona levantina, hacia el 6000 a.C. estaban en este estadio. Seguramente fueron ellos los primeros agricultores de la Península Ibérica. En la Meseta Norte, en lo que sería muchísimo tiempo después nuestra Castilla y León, sabemos que hacia el 5000 a.C. ya había grupos humanos que vivían de la producción de cereales y de la cría de animales domésticos. Se había



Luis Pascual Repiso

La vida en una aldea calcolítica

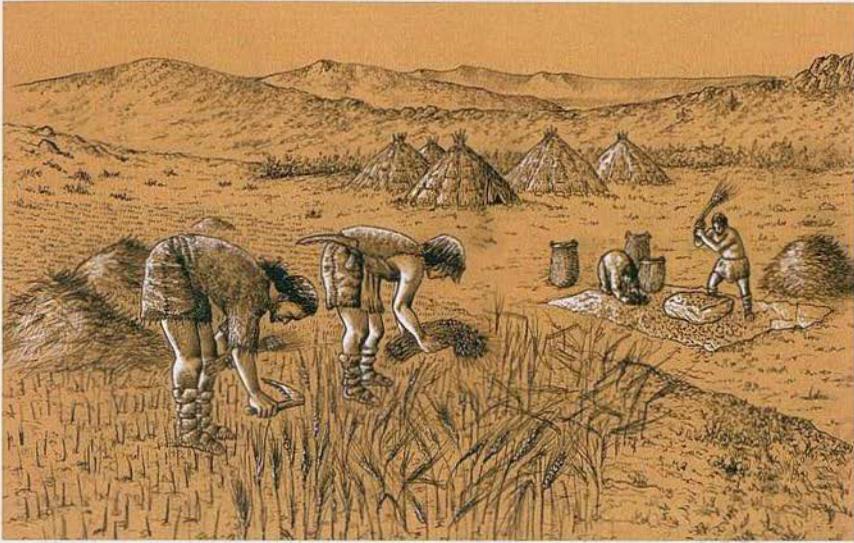
El transcurso del tiempo en la zona de El Tomillar

PRODUCIR: CAMINO HACIA EL TIEMPO ACTUAL	CONQUISTA ROMANA Y ROMANIZACIÓN
	133 A.C.
	II EDAD DEL HIERRO Guerreros y campesinos en los castros
	450 A.C.
	I EDAD DEL HIERRO El Mediterráneo y la Europa continental traen progreso a las aldeas
	1000 A.C.
	EDAD DEL BRONCE Primeras diferencias sociales
	2000 A.C.
	EL CALCOLÍTICO Avances en el dominio de la producción Aumento demográfico Uso del cobre
	El Tomillar
3500 A.C.	
¡EL NEOLÍTICO! Clima suave Fauna y flora nuevas Producir en lugar de depredar	
6000 A.C.	CAZADORES Y RECOLECTORES
EL MESOLÍTICO Transición a un tiempo climático nuevo	
10.000 A.C.	
PALEOLÍTICO SUPERIOR Humanos como nosotros Mucho frío Pintores en las cuevas	
48.000 A.C.	
PALEOLÍTICO INFERIOR Y MEDIO	
500.000 A.C.	

inventado la cerámica a base de moldear y cocer arcilla y con ello todas sus ventajas, como por ejemplo la exposición al fuego de alimentos dentro de un recipiente, el almacenaje en sitio seguro de cereales, agua, etc. Otra novedad fue la vida al aire libre. Liberados del frío de las glaciaciones, empezaron a aparecer pequeñas aldeas cercanas a los cursos de agua y en sitios donde era posible cultivar la tierra y obtener pastos para los ganados.

Toda esta situación tan novedosa va a ir haciendo posible un nuevo ambiente social. Es lógico pensar que si cambia el modo de vida, cambie con ello toda la sociedad en sus múltiples facetas. Podemos decir que empezó a hacerse todo un poco más complejo de lo que había sido hasta entonces. Se construirán grandes monumentos (dólmenes) destinados a la colectividad, a la reunión y a la unión de comunidades. Estos monumentos implican el trabajo colectivo para el que hay ya líderes con el suficiente poder de convocatoria como para reunir a gentes diversas en un trabajo común. Sirven para congregarse a distintas gentes en ceremonias y ritos con los que se sienten dueños de un territorio en el que está todo lo que poseen y del que depende su subsistencia. No son muchos los grupos que conocemos de este momento en las tierras de Ávila, pero los hay y han dejado su huella. Por ahora sabemos que en el Valle Amblés, en las proximidades de la ciudad de Ávila, vivían organizados en pequeños grupos familiares asentados en zonas al abrigo de la sierra y allí construyeron tales monumentos.

Aproximadamente a partir del 2800 a.C. el proceso iniciado en el Neolítico va a ir conociendo un impulso importante. En lo primero que se advierte esta situación es en la frecuencia paulatina de nuevos asentamientos, propiciados por el progreso en las técnicas agrícolas y un mejor nivel de vida. A pesar de estos avances la vida en la Meseta Norte fue dura. Las gentes no pasaban en general de una economía de subsistencia, es decir comían lo que producían, les sobraba muy poco, cuando sobraba. Eso hacía que hubiera escasas diferencias económicas y por tanto sociales. Podemos decir que todos eran bastante iguales. A esta etapa



Luis Pascual Repiso

Recreación de la vida en una aldea de la Edad del Cobre

se la conoce como **Edad del Cobre** o **Calcolítico** y supone, como ya se ha dicho, la consolidación de la economía productora iniciada en el Neolítico y el uso del cobre, que ha dado nombre a la etapa.

Los asentamientos se multiplicaron por todas las tierras donde era posible la práctica de una economía basada en la agricultura y en la ganadería. Esto motivó un fenómeno de capital importancia: grandes zonas fueron deforestadas para que fuera posible la práctica agraria. En ello podemos situar el origen de la situación ambiental que ha llegado hasta nosotros. El cobre se generalizará entre las gentes que habitan las vegas de los ríos y los rebordes de las sierras, siempre al pie de tierras de labor y de cursos de agua, necesarios para animales y personas. El mineral de cobre saben reconocerlo, extraerlo y fundirlo, algo nada fácil puesto que hay que alcanzar temperaturas de al menos 1.083° . Tal temperatura no se alcanza por métodos sencillos. Son pocos los instrumentos de cobre en principio (punzones, leznas, pequeños puñales, hachas...), pero en todos los asentamientos se generaliza su uso fabricados por los mismos habitantes de las aldeas. Eso implica que paulatinamente va a irse sustituyendo la talla de la piedra por el uso del metal, pero de una forma lenta. Los progresos técnicos que en nuestro tiempo se dejan ver en una o dos generaciones, entonces eran cosa de cientos de años.

Algo importante que no debe olvidarse de las gentes que vivieron en este momento son las relaciones entre unos otros. Una vez para lo bueno y otras para lo malo, los seres humanos estamos siempre determinados a relacionarnos con otros seres. La Arqueología ha verificado como las poblaciones se comunicaban a largas distancias. Puede que para intercambiarse materias primas, para llevar a cabo rituales determinados que les unían, para mezclarse con los miembros de otros grupos o por razones menos conocidas. A través de investigaciones que entrañan análisis y estudios muy precisos, la Arqueología ha encontrado las pruebas de las relaciones sociales. Un ejemplo entre varios son las cuentas de collar de una vistosa piedra

verde llamada *variscita* de frecuente hallazgo en los asentamientos (en El Tomillar también), cuya procedencia se ha comprobado, analizando la composición, que está en la provincia de Zamora. Alguien las traía o alguien las iba a buscar o iban pasando de mano en mano tal vez, pero desde allí llegaban y eso implica relaciones muy interesantes de investigar. Los grupos humanos de este momento se comunicaban de una forma frecuente entre ellos, difundiendo así inventos y novedades tecnológicas por los que fueron evolucionando lenta pero eficientemente.

EL TOMILLAR EN EL TIEMPO ●●●

En algún momento entre el 2600 y el 2300 a.C. El Tomillar fue una de aquellas aldeas campesinas de la Edad del Cobre en las tierras llanas de lo que sería varios miles de años después la provincia de Ávila. Hoy conocemos muchas más aldeas, pero se ha excavado en muy pocas, de ahí que El Tomillar constituya un referente cuando se habla del Calcolítico en las tierras de la Meseta. Tanto es así que recurriendo a Internet y tecleando en un buscador *El Tomillar. Bercial de Zapardiel* nos saldrán más de cuarenta entradas, detalle de las veces que en la red se cita este yacimiento. Pero por mucho que hoy sea famoso, El Tomillar fue en su día uno más de los muchos asentamientos que las gentes de la Edad del Cobre crearon por todas partes buscando formas agrícolas con las que ganarse la vida. Sus habitantes nunca hubieran sospechado, ni por lo más remoto, que aquel anonimato de entonces se transformaría hoy en un notable protagonismo por el que se iban a escribir libros, a exponerse en congresos y reuniones científicas lo que hicieron, fueron y dejaron al marcharse, e incluso que a través de un invento impensable entonces como es Internet, gente tan sencilla y humilde de aquel tiempo podía ser conocida desde cualquier rincón de un mundo que no sospechaban fuera tan grande y con estos inventos del siglo XXI, tan pequeño.

Todos los asentamientos de este momento aparecen en lugares pacíficos, nunca mostrando tensiones entre grupos que hubieran obligado a instalarse en sitios muy altos y a reforzarlos con murallas. Parecen pequeñas aldeas o granjas donde viven muy pocos habitantes, donde se ha buscado un curso de agua suficiente y muy cercano y donde el resto de las condiciones económicas dan para desarrollar una economía basada en la explotación de los recursos agrarios con una tecnología muy básica. No sabemos si ya en este momento se utilizaba algún tipo de arado que permitiera remover la tierra y sembrar eficientemente, o si la siembra y la remoción se hacían a base de pequeñas azadas.

¿Por qué uno de aquellos grupos eligió el lugar concreto de El Tomillar para vivir? Quizá lo primero fue la proximidad al río Zapardiel. Entonces sería seguramente un curso de agua estable. Asegurada el agua, hubo de ser importante también la pradera que queda entre la loma de El Tomillar y el río. Esta pradera se había formado muchos miles de años atrás, cuando el Zapardiel

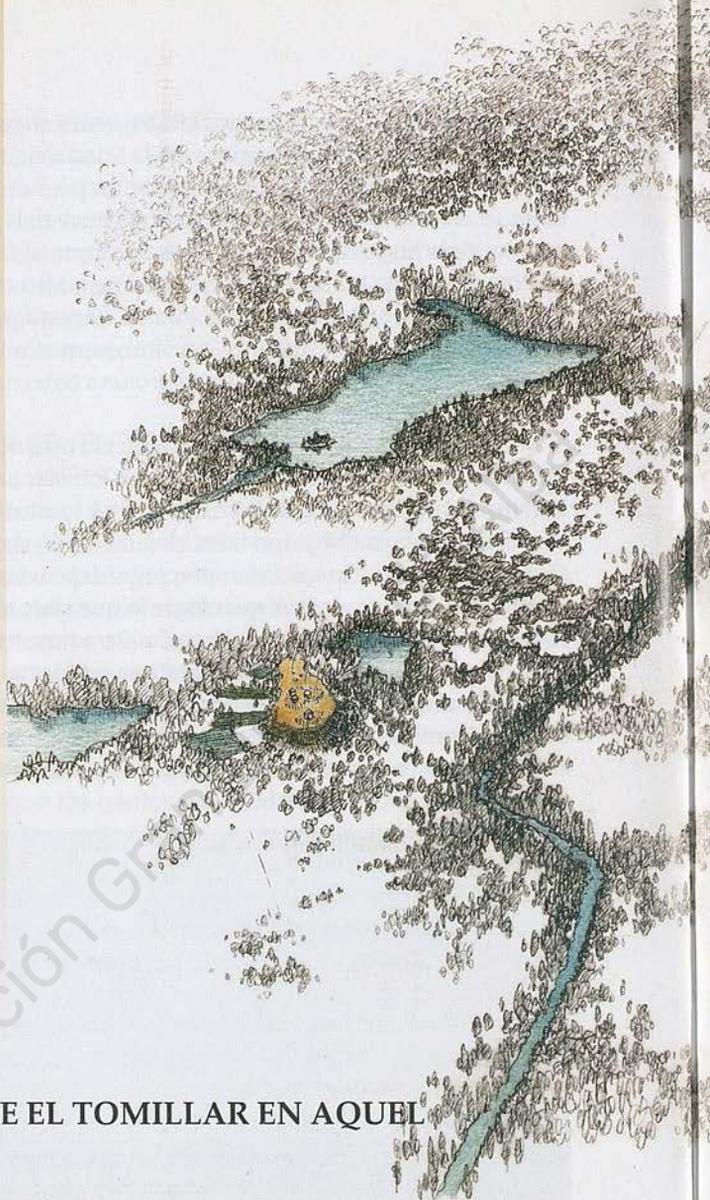
tenía una anchura por lo menos cuatro veces superior a lo que la tiene hoy su cauce. Esa pradera en tiempos de la Edad del Cobre, y también después, constituyó una zona de pastos importantes para el ganado. El lugar para vivir se situó en lo alto de la loma paralela al cauce del río, de forma que estaban a salvo de la humedad de la pradera contigua al río y de las tierras de labor del otro lado de la loma. Desde ese suave alto dominaban sus zonas de explotación económica, de las cuales dependían de una forma crucial. Dominar las bases del sustento era vital, ya que los animales salvajes u otras circunstancias podían poner en peligro una cosecha, algo que sin duda sería fatal para el grupo.

Con todo a favor, como no podía ser de otra manera, porque se trataba de poder vivir, un grupo humano eligió El Tomillar para asentarse. Todo lo que dejaron abandonado cuando se marcharon –restos de construcciones, basuras y los miembros del grupo fallecidos– han sido el objeto de nuestro trabajo. Si pudieran vernos se sentirían perplejos del cuidado que hemos puesto en reconstruir a través de la Arqueología lo que ellos abandonaron sin el menor interés, porque era en realidad basura. Para nosotros, estudiar sus desechos constituye la posibilidad de reconstruir su forma de vida 4.600 años más tarde. Con ellos marcamos la diferencia entre su tiempo y el nuestro, este lo suficientemente adelantado como para que tengamos inquietud y curiosidad por querer saber lo que sucedió hace tantos años.



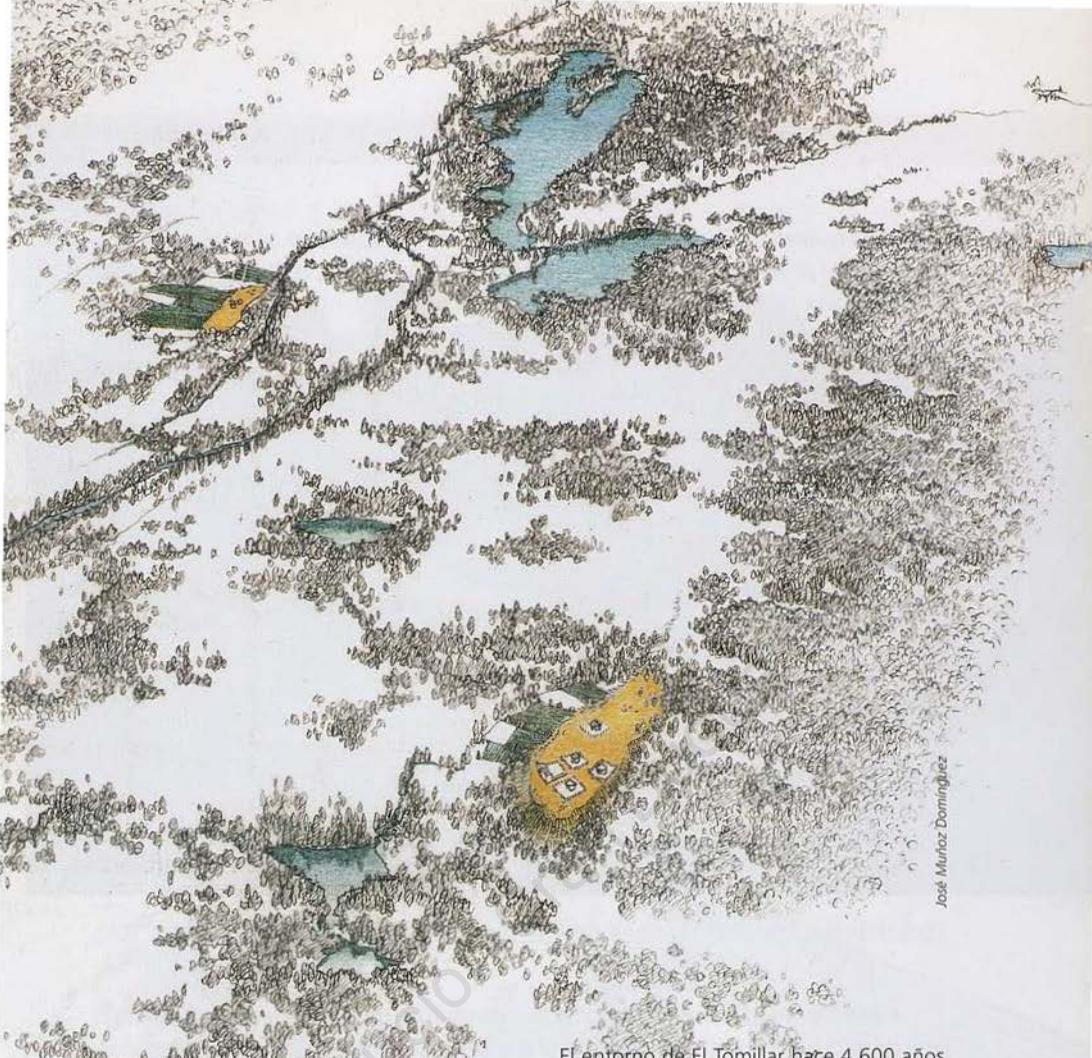
La loma de El Tomillar desde el cauce del Zapardiel

Las inmediaciones de El Tomillar hace 4.600 años eran un paisaje abierto, salpicado de lagunas y arbolado bastante distinto al actual. En él, aprovechando los sitios más favorables, tuvieron lugar modestos asentamientos, expresión de la vida en la Edad del Cobre de la Meseta.



EL ENTORNO DE EL TOMILLAR EN AQUEL TIEMPO ●●●

La Moraña y la tierra de Arévalo componen la mitad norte de la provincia de Ávila, es decir la zona llana, la parte abulense del valle del Duero, en definitiva el centro de la Meseta Norte. En los tiempos en que El Tomillar fue habitado, la Moraña y la Tierra de Arévalo eran lugares bastante distintos a lo que son hoy. En primer lugar los cauces de agua de cierta entidad eran permanentes. Los ríos Arevalillo, Zapardiel y Adaja llevaban agua suficiente para asegurar este recurso imprescindible a gentes y ganados. Pero además de los ríos, en esta zona predominaba un tipo de paisaje en el que las lagunas de mayor o menor extensión eran frecuentes en el paisaje. Muchas de ellas han dejado huella en forma de hondonadas, con tierras en su fondo muy oscuras. Esas lagunas eran una posibilidad más de agua para los ganados. Muchos asentamientos de este tiempo y de otros posteriores dentro de



José Muñoz Domínguez

El entorno de El Tomillar hace 4.600 años

la prehistoria de la zona, aparecen cercanos a esas lagunas que han pasado a nuestro tiempo con el nombre de *labajos* o *bohodones*.

Otro de los detalles que diferencian a un tiempo y a otro en esta zona es la presencia de árboles. Entonces había muchos más árboles que ahora, pero parece ser que no era todo en la zona un denso y tupido bosque. Los estudios sobre el polen fósil en las tierras de entonces, facilita a los arqueólogos la reconstrucción del paisaje. Gracias a este tipo de estudios hemos podido conocer que el entorno inmediato a El Tomillar estaba bastante deforestado como consecuencia de las necesidades de los habitantes de la aldea. Un poco más allá se daba un paisaje más arbolado pero sin un denso bosque. Este estaba compuesto sobre todo por encinas y carrascos y también pinos. En las riberas de los cauces fluviales crecían sauces, abedules, abetos y avellanos. Para el fuego del hogar se utilizaban las encinas, como lo ha demostrado el estudio de los pequeños carbones que iban quedando entre la tierra procedentes de los fuegos. En algunos puntos el bosque era más denso que en otros.



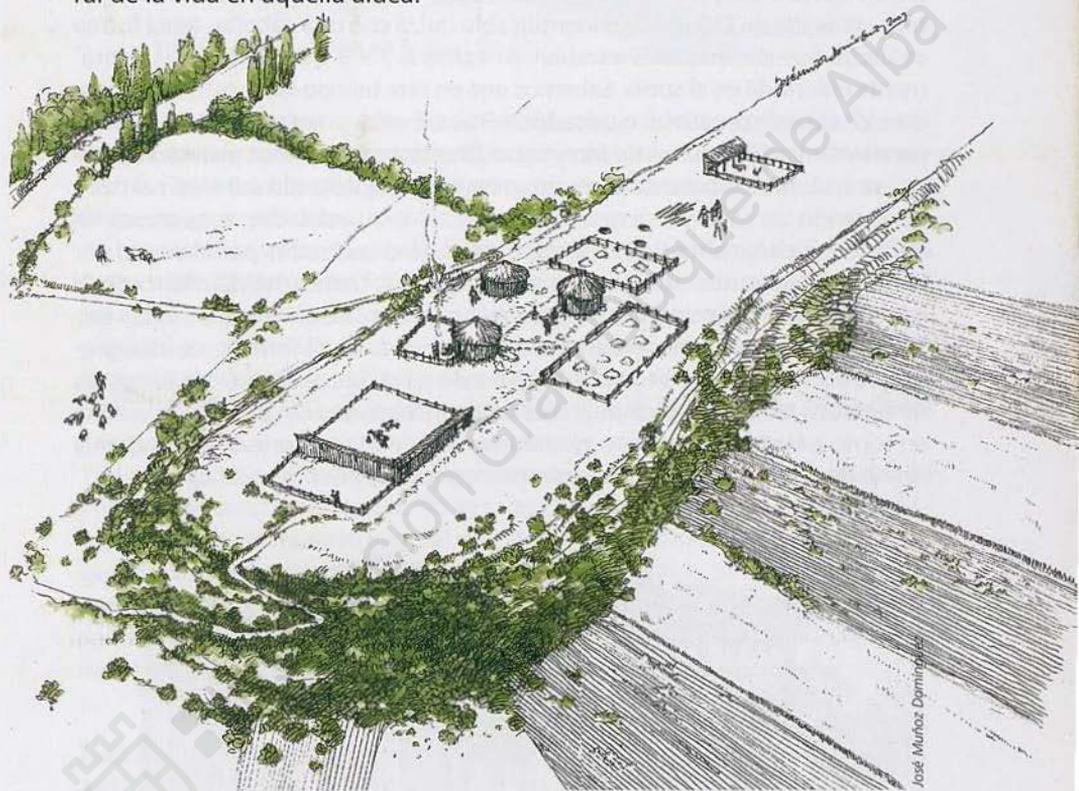
Reconstrucción imaginada del cauce del Zapardiel a la altura de El Tomillar hace 4.600 años

Evidentemente en el entorno de los asentamientos lo era menos, porque la necesidad permanente de leña para el fuego hacía que fueran talándose sistemáticamente los árboles, aunque con seguridad tenían algún tipo de estrategia de consumo para no perder ni a medio ni a largo plazo un bien tan imprescindible como era la leña. Pero no era sólo eso, también había que despejar tierras para el cultivo a base de incendios, que no sería fácil apagar una vez iniciados. Por todo ello la masa de árboles había ido decreciendo hasta formar el paisaje de encinar adeshado.

Una de las carencias más notables para los habitantes de las zonas llanas era el cobre. También lo era el granito. El cobre empezó a ser importante desde el momento en que se supo de las utilidades de este metal para la fabricación de herramientas, armas y adornos. El granito por su parte se necesitaba para los molinos y molederas en la molienda del grano y las bellotas. Era imprescindible moler para consumir el grano.

Con todas esas circunstancias un pequeño grupo de personas, seguramente una familia con todos sus miembros, eligió la loma de El Tomillar para vivir aproximadamente entre el 2600 y el 2300 antes de Cristo. Sabemos que fue en ese tiempo porque el Carbono-14 así nos lo ha dicho a través de una decena de dataciones coincidentes.

Para saber lo que sabemos de El Tomillar ha sido preciso realizar excavaciones muy cuidadosas y estudiar detenidamente los hallazgos habidos en ellas. El trabajo hecho allí hasta ahora ha consistido en la excavación de una posible cabaña y 33 fosas excavadas en el suelo por los habitantes de El Tomillar y rellenadas después con desechos producidos por ellos mismos hasta colmarlas completamente. Aún resta por excavar más, pero con los datos obtenidos hasta hoy se puede trazar una visión suficientemente general de la vida en aquella aldea.



Reconstrucción de la aldea de El Tomillar

La aldea pudo estar integrada por unas cuatro cabañas y, en su entorno, desperdigadas, más de media centena de fosas excavadas en el suelo virgen. Lo más probable es que todas esas estructuras no estuvieran en funcionamiento simultáneamente, sino que todas juntas sean la consecuencia global de la vida allí en el tiempo de habitación. Las cabañas serían para vivir en ellas, las fosas tenían diverso cometido. Algunas fueron silos para guardar el cereal, otras hornos, algunas tumbas y de otras no ha sido posible por ahora averiguar su uso original. Todas ellas se encontraban rellenas con grandes cantidades de

cenizas y tierra, así como por los desechos de cuanto iba quedando roto, en desuso y por los restos de la comida. El estudio de todos estos desechos sirve ahora para interpretar la vida en el lugar.

Las cabañas ●●●

No puede hablarse de casas en este tiempo, sino de pequeñas y humildes chozas. La excavación de una posible cabaña en El Tomillar y de varias más, en este caso seguras, en otras aldeas del cercano Valle Amblés, ha permitido saber que eran de forma circular u oval. Una y otras solían tener un diámetro en torno a 6 m, por tanto eran construcciones muy pequeñas. La estructura excavada en El Tomillar e identificable quizá con una cabaña, tenía forma ovalada. Sus dimensiones estaban en torno a 7 x 5 m, y se hallaba ligeramente enterrada en el suelo. Sabemos que en este tiempo las construían a base de troncos consecutivos colocados verticalmente y enfoscados con barro para evitar las filtraciones de frío y agua. Este barro recubridor, estando húmedo, se endurecía a base de acercarlo a un fuego, quedando adherido al tronco. Cuando las cabañas se quemaban o eran desmanteladas, esos trozos de barro con la impronta de los palos, quedaban dispersados por el suelo, por lo que los encontramos en las excavaciones. A través del diámetro de la impronta sabemos que eran troncos de unos 10 cm, de diámetro y por los carbones analizados en la supuesta cabaña excavada en El Tomillar, se interpreta que correspondían a troncos y ramas de pino, precisamente de los pinos detectados en los estudios polínicos como integrantes del paisaje de la zona en torno a la aldea. Por tanto se conocen dos detalles interesantes: la encina servía para el fuego y los pinos para las construcciones domésticas.



Reconstrucción de una cabaña en los tiempos de El Tomillar

El tejado de cada una de estas chozas era de ramaje vegetal entrelazado, permitiendo con ello el filtrado gradual del humo y su permanencia interior en tiempo suficiente como para ahumar los alimentos que se deseaban conservar de ese modo. Tal vez la paja del cereal cumplía también en



Interior de una cabaña en la Edad del Cobre

José Muñoz D. 2006

José Muñoz Domínguez

ello un papel impermeable. En la Prehistoria, como en todas las épocas con carencias, todo se reciclaba, todo tenía posibilidad de segundos aprovechamientos. La inventiva del hombre en situaciones de necesidad es una de sus mejores virtudes.

Las cabañas solían tener el hogar para el fuego en el centro. En muchos casos eran de barro, de forma circular, con un reborde un poco más alto para que no se salieran las ascuas del fuego. Poco hay que esforzar la imaginación para recrear a los miembros de la cabaña en torno al fuego del hogar en los fríos días del invierno meseteño, que serían muchos e intensos como ahora. El clima que demuestran los estudios del polen indican un tiempo similar al actual, con cierta tendencia a una mayor aridez.

La estructura excavada en El Tomillar apareció completamente calcinada y rellena de ceniza su interior. No se sabe cuándo se quemó ni por qué motivo, pero la espesura de lo vegetal que la integraba formó una densa capa de ceniza. De lo encontrado en su interior se deduce que no fue abandonada precipitadamente, ni a través de alguna forma violenta. El incendio pudo ser como consecuencia del abandono de la aldea y de la inutilización de todo lo construido.

Las fosas excavadas en el suelo como testimonios de las actividades en El Tomillar ●●●

Hemos denominado fosas a ciertos hoyos de boca circular de distinta profundidad excavados en el suelo virgen, a los que se les suponen funciones diferentes. No ha podido saberse la función exacta y concreta de cada uno de los 33 excavados por los habitantes de la aldea y luego cubiertos de desechos. Los arqueólogos no hemos hecho otra cosa que detectarlas y vaciarlas cuidadosamente de su contenido. Para detectarlas sin necesidad de remover previamente tierra, nos servíamos del crecimiento diferencial del cereal: allí donde no hay fosas las raíces topan en un determinado momento con la dura *peña*, frenando su crecimiento y su vida al no poder penetrarla. Donde hay fosas, sin embargo, las raíces profundizan más, el cereal prospera mejor y se seca más



El Tomillar. A - Detección de las fosas por el crecimiento diferencial del cereal. B - Marca de la fosa una vez retirada la tierra vegetal

tarde. Conocido este proceso sólo tuvimos que detectarlas, marcarlas con el cereal bien crecido y excavarlas una vez que se había segado.

La excavación de estas fosas por parte de los habitantes de El Tomillar implicó un trabajo muy duro. Penetrar en la roca madre de la zona de Bercial de Zapardiel es una tarea que requiere de gran esfuerzo, debido a su dureza. Resulta una tarea sumamente complicada, sobre todo teniendo en cuenta la tecnología disponible, que no era otra que herramientas de cobre, piedra, madera y asta de ciervos. Aún hoy, excavar en *la peña* con un pico de hierro resulta una tarea complicada. Estos detalles nos llevan a pensar que la excavación de las fosas debía ser algo muy importante para ellos, al implicar una inversión de esfuerzo tan notable.

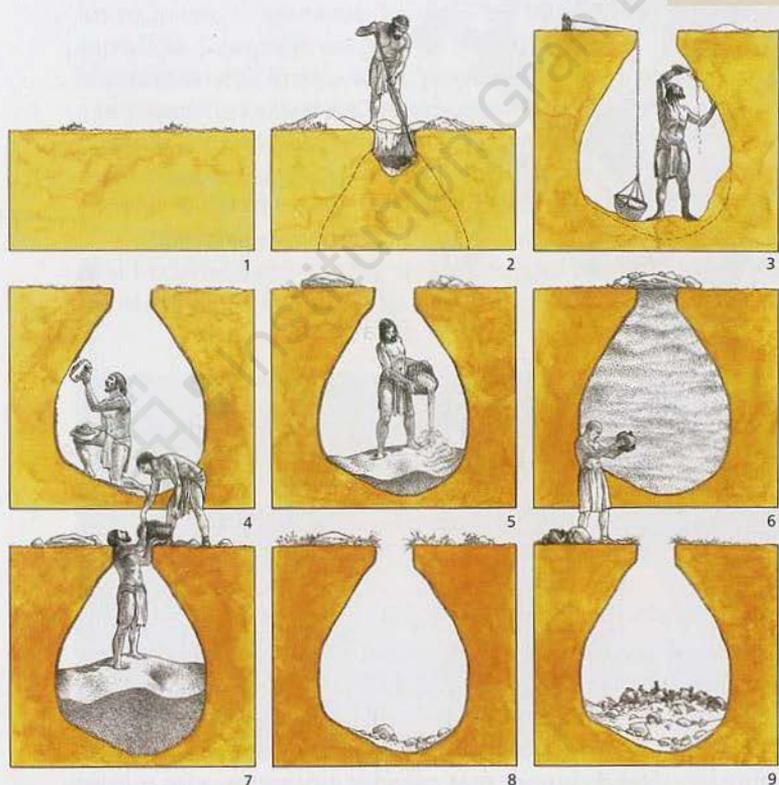
Al menos una parte de estas fosas fueron excavadas para ser silos. Conservar el cereal durante el invierno era una tarea primordial. Con los medios disponibles y ante tan ineludible necesidad, las fosas-silos fueron la garantía del necesario consumo de cereal y de la preservación del remanente necesario para la siembra del año siguiente, sin el cual no habría posibilidad de nuevas cosechas. Los silos eran excavados en *la peña* con la boca más estrecha que el cuerpo y con cierta profundidad. Seguramente antes de depositar en ellos el grano eran sometidos al fuego para desinfectarlos de cualquier parásito peligroso que pudiera dañar el cereal. Luego, posiblemente fueran forrados de barro y placas de cerámica para, finalmente, guardar el cereal sellándolo con todos los cuidados. El uso reiterado año tras año pudo ser la causa de su deterioro y por ello el abandono de tal actividad como silos. Se les daría otro uso o se rellenarían poco a poco de los residuos generados por la vida en el lugar, excavándose otros nuevos.

El hecho de que este tipo de hoyos o fosas sean una práctica común a muchas culturas, en lugares muy diferentes y durante varios miles de años, ha propiciado que los investigadores hayan formulado diversas teorías para interpretarlos. Además de considerar a algunos de ellos silos posteriormente amortizados con basuras, para algunos investigadores fueron lugares excavados sólo para ser arrojada basura en su interior, pero no por una cuestión higiénica,

sino por razones rituales, sujeto a las creencias y ritos que movían a las gentes en esos tiempos y que no tienen mucho que ver con lo que hacemos y pensamos hoy con ese tipo de cosas. El caso es que de ese modo se generaron en torno a las cabañas una serie de huellas de actividad excavadas en el suelo, que son las que a través de su contenido han servido para interpretar determinados aspectos de la aldea, puesto que contenían elementos de gran importancia para la investigación, tales como huesos de animales, herramientas y otros artefactos que de otra forma quizá no hubiéramos llegado a conocer.

Es probable que algunas de estas fosas sirvieran puntualmente para otros cometidos, bien en origen o una vez amortizadas como silos. Pudieron servir como hornos para fundir cobre o cocer recipientes cerámicos, incluso como hogares y algunas también como tumbas.

Conservar el cereal adecuadamente era una garantía básica para consumirlo y para la siembra de la siguiente temporada. En ello los silos desempeñaban un importante papel.



Proceso de construcción, uso y amortización de un silo en El Tomillar

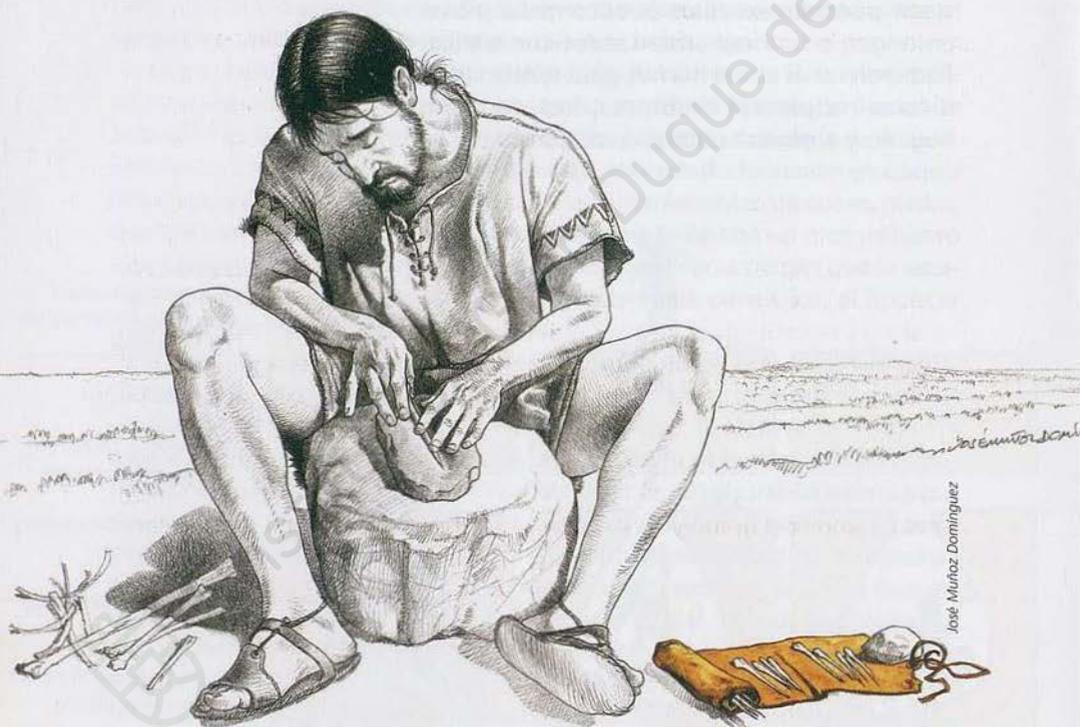
- 1 Suelo virgen
- 2-3 Excavación del silo en el suelo virgen
- 4 Acondicionamiento interno
- 5 Depósito del cereal en el silo
- 6 Sellado del silo con el cereal dentro
- 7 Extracción del cereal
- 8 El silo queda vacío
- 9 El antiguo silo se constituye en depósito de desechos

José Muñoz Domínguez

LA FORMA DE ORGANIZARSE LA VIDA ●●●

Tecnología y artefactos de los habitantes de El Tomillar

Los habitantes de la aldea de El Tomillar dispusieron de una tecnología muy básica pero eficaz y adecuada a las necesidades de la vida que llevaban. Con seguridad no todos los instrumentos de que dispusieron son los que se han conservado y conocemos. Se han conservado las piedras y los huesos que tallaban y pulían para hacer instrumentos, las cerámicas y las herramientas de cobre. Los de madera, los recipientes de cestería y todo lo que tuvieran de piel de animal ha desaparecido devorado por la tierra. Por tanto lo que puede averiguarse a este respecto es sólo una parte de lo que fue su instrumental y su tecnología. El compendio de lo utilizado puede encuadrarse en cuatro apartados: herramientas de trabajo, armas, adornos y recipientes.

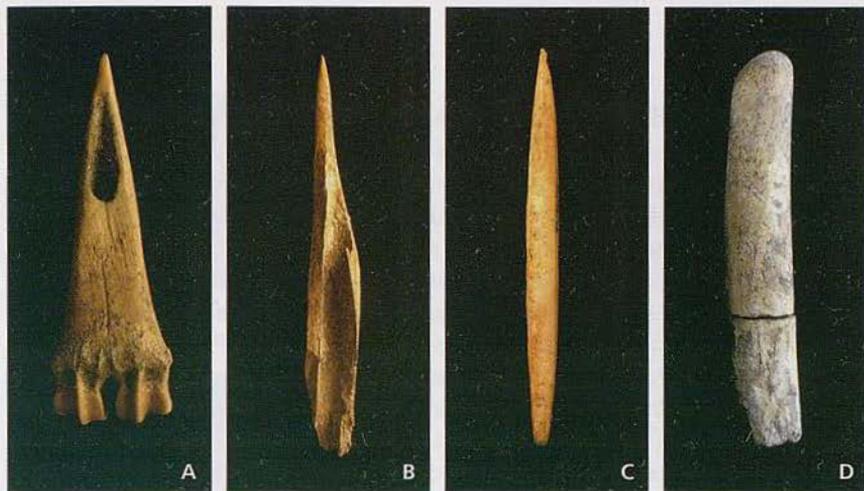


Fabricando un punzón de hueso

Herramientas de trabajo ●●●

Eran de hueso, de piedra, de cobre y de madera.

Entre las herramientas de hueso más comunes destacan los punzones y las espátulas. **Los punzones**, muy abundantes en El Tomillar, se hacían sobre huesos de las patas de las ovejas y las cabras muy bien afilados y en ocasiones también sobre esquirlas de huesos más grandes, troceados, a los que les



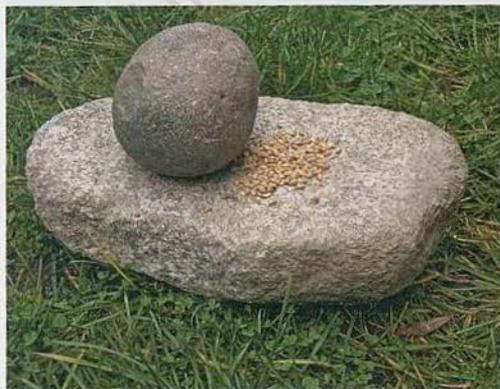
Punzones de hueso (A, B, C) y espátula (D) hallados en El Tomillar

afilaba uno de los extremos mediante pulimento. Resultaba así un punzón, que servía para hacer agujeros en el cuero o para decorar las cerámicas con su fina punta. La punta se iba reafilando a medida que quedaba desgastada, de ahí cuando los encontramos sean pequeños, porque estaban amortizados.

En cobre han aparecido punzones de doble punta que debieron tener una función parecida a la de los fabricados sobre hueso.

Uno de los usos de las **espátulas de hueso** era el trabajo de enlucido en los recipientes cerámicos. En estos era importante un buen acabado de la superficie. Siempre lo era para garantizar su función y en algunos casos, dado el cometido que fuera a tener, para hacerla más estética, con pasta más fina y la superficie brillante a base de pulirla con un trozo de piel, estando aún húmeda la pasta. Las espátulas se hacían en El Tomillar generalmente a base de costillas de vaca o de caballo. Su forma curvada facilitaba el trabajo en las curvaturas del recipiente cerámico que se acababa de fabricar.

En piedra eran importantes los **molinos y molederas**, si tenemos en cuenta la frecuencia con que han aparecido, casi siempre desechados y rotos. Era necesario moler el grano y las bellotas y eso se hacía sobre una piedra plana



Molino y moledera para moler a mano. Recreación del acto de moler a mano

y curvada (*molino barquiforme*, porque tenía forma de barca), que permanecía inmóvil apoyada en el suelo, mientras otra piedra (*moledera*), cuyo tamaño se ajustaba a una mano o a las dos, molía el grano por fricción. Estas piezas eran siempre de granito, por lo que muy probablemente debían proceder del sitio más cercano posible, que sería sin duda la sierra de Ávila. Hasta allí se desplazarían los habitantes de la aldea en busca de estas piedras necesarias o serían portadas por quienes vivían en aquellos territorios para ser intercambiadas o regaladas como prueba de amistad con los habitantes de El Tomillar y de toda la zona donde no hay el granito. Un detalle interesante que se advierte sobre el uso de esta forma de moler es la presencia de un desgaste notable de los molares de los esqueletos humanos encontrados, producto de la inclusión entre la harina molida de diminutos fragmentos de piedra desprendidos de los molinos durante la molienda, que desgastaban el esmalte.

En los trabajos en los que se precisaba golpear con mayor o menor contundencia se utilizaban los **percutores** o martillos. En la vida diaria era preciso tallar piedras, romper huesos para tallarlos o para extraerles la médula, retocar herramientas de cobre, etc.; esto se hacía mediante cantos rodados adaptables a la mano recogidos en la vega del río Zapardiel. En los extremos, estos cantos tienen las huellas inequívocas del golpeo reiterado. Algunos, del desgaste, han quedado completamente redondos.

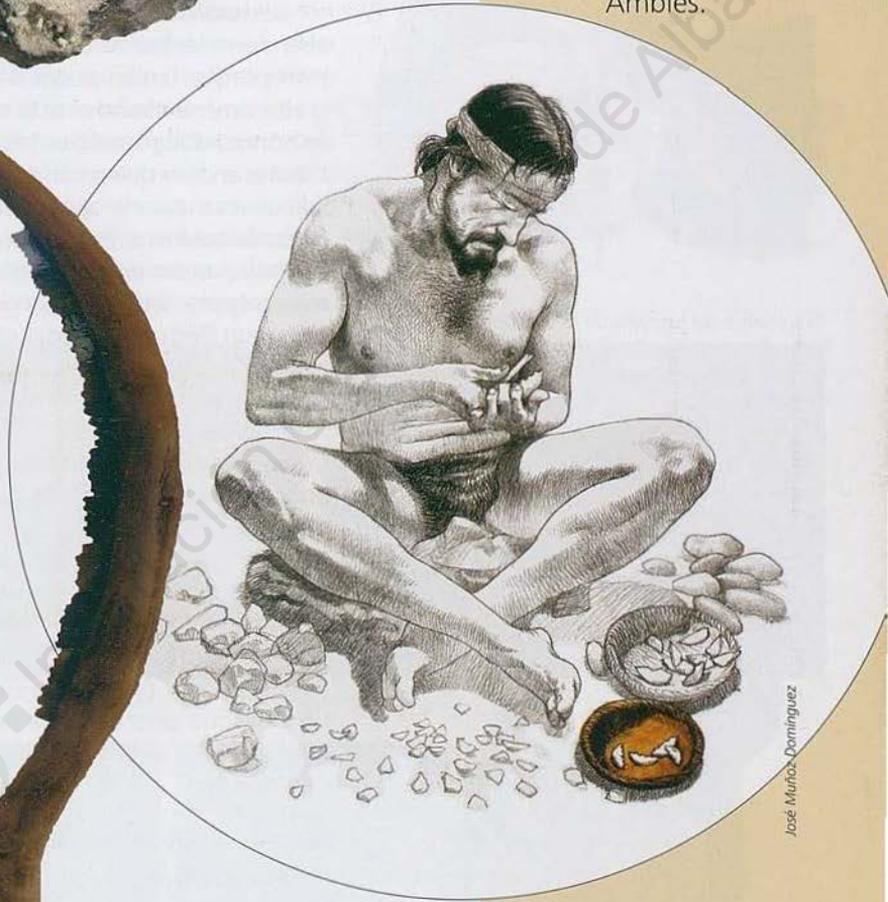
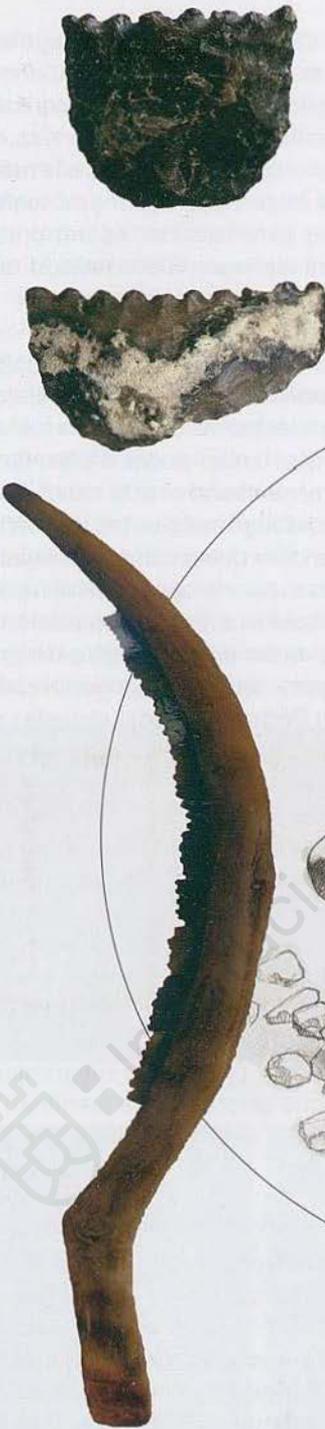


Percutores de cuarzo hallados en El Tomillar

Aunque no han aparecido por ahora ni enteras ni en fragmentos, sabemos del uso de las hachas de piedra pulida en las aldeas de la Edad del Cobre de la zona. Eran necesarias para cortar los árboles y también, debidamente colocadas sobre mangos, servían como azadas para el cultivo de la tierra.

Una de las herramientas importantes en El Tomillar eran las hoces de sílex para segar el cereal. Las encontradas aquí se componían de piedras talladas en sílex, de forma trapezoidal o rectangular, con uno de los lados largos denticulado. Observada esta zona denticulada muy de cerca se aprecia un intenso desgaste en forma de brillo que se conoce como *lustre de cereales*, al haberse creado por causa del uso intenso en la siega.

La ausencia natural de sílex para fabricar estas hoces y el hecho de su presencia en El Tomillar, inclina a pensar que hubieran llegado a través de intercambios con zonas donde sí lo hay, por ejemplo el Valle Amblés.



José Muñoz-Domínguez

Piezas de hoz halladas en El Tomillar y reconstrucción de la hoz a la que pertenecieron



De barro eran las **fusayolas**. Son piezas de barro circulares y ligeramente aplastadas, con una perforación central. Servían de tope al palo que constituía la rueda para hilar. De esa forma obtenían los hilos para tejer con telares primitivos. Está claramente constatado que sabían tejer ya en este tiempo.

Armas ●●●

Los habitantes de El Tomillar dejaron abandonadas pocas armas. Eso fue así bien porque tenían pocas o porque se las llevaron al abandonar la aldea. Sólo se conocen algunas puntas de flecha talladas en sílex que servirían, manejadas con un arco, para la caza y también para casos de conflicto. En las inmediaciones de Ávila, en un enterramiento de esta misma época, aparecieron algunos cadáveres con flechas de piedra clavadas en el cuerpo, lo que da idea de que se producían conflictos. Nada nuevo en la historia del ser humano.

En este tiempo también se utilizaban puñales y flechas de cobre. Los puñales eran sobre todo armas de ostentación en determinados momentos. Pero este metal era tan codiciado que no podrían permitirse abandonar las piezas, por eso seguramente no ha aparecido hasta hoy ningún puñal. Sólo cuando enterraban a un individuo prestigioso se permitían el lujo de hacerlo amortizando armas y adornos valiosos.

Recipientes y contenedores ●●●

Aunque es posible que existieran contenedores de madera y de cestería que no se han conservado, la cerámica fue el más importante de los usados en El Tomillar. Fabricadas a mano a base de tiras de barro que se iban uniendo hasta conformar el recipiente, eran de distinto tipo y calidad según el uso que fueran a



Fragmento de fusayola de El Tomillar y fusayola completa de referencia



Puntas de flecha de piedra halladas en El Tomillar

darle. De muchas de ellas, por su tamaño y grosor, debemos pensar que sirvieron para guardar alimentos durante un tiempo, por ejemplo el agua o los cereales de uso más inmediato. Hay otras muy pequeñas y cuidadas, incluso distinguidas con alguna decoración previsiblemente relacionada con el uso.

El número de vasijas decoradas era mínimo, lo cual indica su importancia para determinados cometidos. Son decoraciones simbólicas, de difícil interpretación para nosotros, que traspasan el mero hecho de decorar realizando un dibujo en la vasija, ya que esos mismos motivos se repiten de forma generalizada por toda la península Ibérica, mostrando que había un auténtico código de signos entendible por todos. Seguramente detrás de la decoración de algunas de las vasijas existió una simbología muy concreta relacionada con



José Muñoz Domínguez

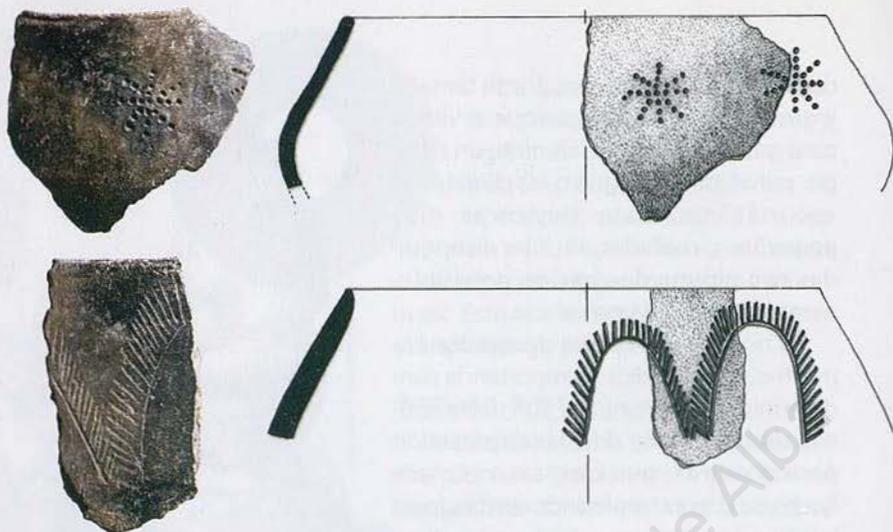
Alfarera



Recipientes de cerámica completos hallados en El Tomillar



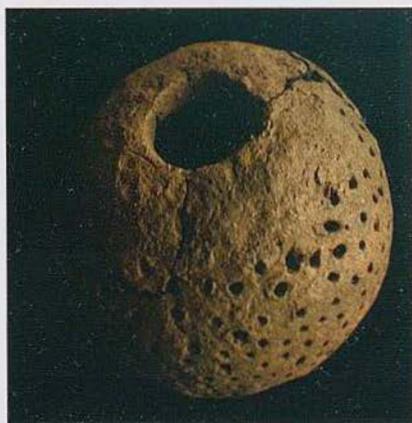
Fragmentos de cerámicas con decoración halladas en El Tomillar



Cerámicas con decoraciones simbólicas de soles y cejas de El Tomillar

el mundo de los ritos y creencias de las gentes de El Tomillar. Siempre son recipientes de pequeño tamaño y de elaboración muy cuidada. Lo que se representa son algunos de los elementos que para ellos componían un mundo superior, como es el sol, por ejemplo. En otros casos se representan ojos a través de cejas que se juntan, tal vez mostrando con ello a seres diabólicos con los que era preciso llevarse bien. Muchos pueblos primitivos han creído en los espíritus de los muertos y en la conveniencia de llevarse bien con ellos, representándolos de forma diversa. La decoración de las cerámicas constituye un interesante aspecto de difícil investigación, donde están plasmados muchos aspectos de la ideología de los pueblos prehistóricos.

Muy característicos de este momento son los **coladores de barro**, relacionados con la fabricación del queso. Eran recipientes con dos bocas, con el cuerpo cubierto de perforaciones por las que la masa semicuajada del



Colador de barro de El Tomillar y colador completo de referencia

queso perdía el agua. El invento del queso fue muy importante en este tiempo, ya que proporcionaba un alimento de gran poder alimenticio para la población. Algunos investigadores han considerado que el consumo del queso fue un importante avance en la alimentación, contribuyendo a aumentar la calidad y la cantidad de la vida.

También se utilizaban **cucharas de barro**, replica seguramente de las de madera, que serían más comunes. En El Tomillar sólo se ha encontrado un fragmento de una de ellas, con una perforación en el extremo posiblemente para sujetar un mango.



Fragmento de una cuchara de barro de El Tomillar y cuchara completa.

Adornos ●●●

Quizá los habitantes de El Tomillar tuvieran algún amuleto de oro, pero como no lo abandonaron ni lo perdieron, no ha llegado a nosotros. En este tiempo se usaba el oro y sería tan codiciado que lo llevaban con ellos allí donde fueran. Sí abandonaron o extraviaron otros elementos de adorno de más fácil fabricación, como una aguja de hueso con la cabeza engrosada, un botón también de hueso similar a muchos otros hallados en aldeas contemporáneas de toda la península Ibérica o dos cuentas de collar de variscita, cuya materia prima, sino la propia cuenta, llegó desde Palazuelos de las Cuevas, en Zamora, desde donde se distribuían a largas distancias. Los análisis de la composición de la roca así nos lo han dicho. Tuvo que ser muy importante el simbolismo de estas piedras de color verdoso, ya que durante casi dos mil años circularon de una forma generalizada. No hay aldea donde no llegaran.



A - Botón de hueso pulido. B, C - Cuentas de collar de variscita
D - Cabeza de una aguja de hueso. El Tomillar

LOS HABITANTES DE EL TOMILLAR Y SUS CIRCUNSTANCIAS ●●●

Haber hallado enterramientos posibilita saber detalles muy importantes para ahondar en la vida, las características y particularidades de los habitantes de la aldea. No es fácil hallar restos humanos de este tiempo, posiblemente porque hacían desaparecer los cadáveres de alguna forma desconocida. Sin embargo El Tomillar cuenta con un número excepcional de casos (19) que permiten acercarse al conocimiento físico de sus habitantes. De los 19, 11 nunca llegaron a los 14 años de edad. Eso tendría que significar que el 57'8% de los niños que nacían no pasaban de los 14 años de vida. Cinco de ellos no llegaron al año. Otros dos murieron entre 1 y 2 años. Dos a los 6 años, otros 2 a los 8 y uno más entre 10 y 14 años. Las deficiencias en la alimentación, la falta de higiene adecuada y el desconocimiento de las formas de paliarla, además de las enfermedades características de la infancia, todo ello interrelacionado entre sí, daba una esperanza de vida bastante reducida antes de la edad adulta. Una vez llegada tal edad, tampoco la esperanza de vida llegaba demasiado lejos. De los 19 individuos estudiados sólo dos alcanzaron la edad de 40 a 60 años. La media de edad de muerte en los adultos era de 34 años.

La medición de los esqueletos permite calcular las estaturas. Los habitantes de El Tomillar no eran altos, la media de hombres y mujeres estaba en 1'56 m. Los hombres eran más altos (1'60 m ellos sobre 1'51 m ellas de media).

A través del estudio de los huesos pueden conocerse otros detalles de las formas en que desarrollaban la vida. Una enfermedad llamada hipoplasia, junto a otros indicadores, manifiestan una problemática salud infantil en los que sobrevivían a la muerte antes de la edad juvenil. Esta enfermedad tenía que ver con estados carenciales y enfermedades infecciosas. La vida de adulto era dura, como manifiesta la presencia muy frecuente de artrosis a edades muy tempranas. Lesiones crónicas de algunos de ellos en las muñecas podrían indicar una actividad frecuente con las manos, que pudo bien ser la molienda. Esta misma actividad aparece mostrada en los huesos de una mujer, en la que se aprecian indicios de una actividad con flexión rápida y enérgica de la mano. En los hombres las lesiones lumbares indicarían una actividad reiterada de extensión y flexión del tronco, tal vez relacionada con algunos trabajos agrícolas. La potencia de los músculos de la espalda y de las piernas indican que aquella soportaba pesos de forma frecuente y que particularmente los hombres deambulaban mucho por el medio, seguramente como consecuencia del pastoreo.

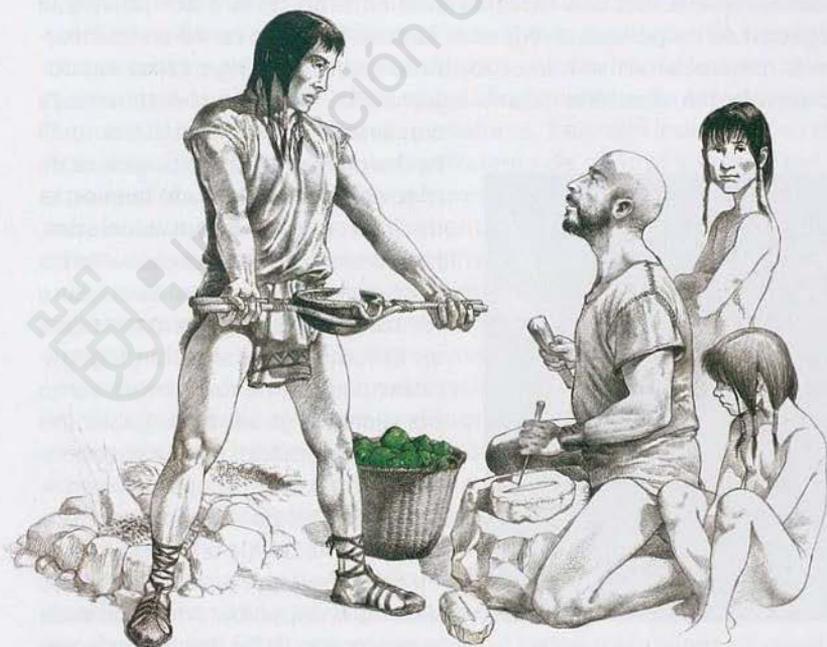
En cuanto a los dientes hay que señalar que no se han apreciado caries en ningún caso, aunque una de las mujeres debió sufrir una grave enfermedad en las encías, por la que siendo muy joven perdió todas las piezas dentarias.

Una vez más la dureza de la vida se manifiesta a través de algunos indicadores, como son los traumatismos, que han dejado numerosas huellas en los huesos. Hay que decir que no se observa ninguno claramente producto

del uso de la violencia, todos ellos parecen consecuencia del trabajo; por ejemplo, una mujer sufrió la rotura del 5º metatarsiano de un pie que se le suturó sólo.

LOS RECURSOS QUE POSIBILITABAN LA VIDA ●●●

En la Prehistoria la vida no era fácil. Para verla desde los tiempos actuales es preciso ponerse en la situación de entonces con todas sus radicales diferencias con los tiempos actuales. Una mala cosecha, una sequía, una tromba de agua incontrolada, una epidemia, etc. implicaba un desastre de tal envergadura que personas y animales podían verse abocados a la muerte. Ninguno de los remedios a estos desastres que existen hoy, los había entonces. Partamos por tanto de la idea de que desarrollar la vida hacia el 2600 a.C. suponía una tarea bastante complicada. Era preciso manejar todas posibilidades económicas al alcance y aprovechar todo lo disponible, de forma que siempre hubiera garantías de subsistencia. Ese depender de unas circunstancias difíciles de controlar (el clima, el éxito en la cosecha, la salud en los ganados...), creó paralelamente todo un mundo simbólico y metafísico en el que se apoyaban los habitantes de El Tomillar y de todas las aldeas de la época. Necesitaban explicarse el porqué de lo que veían, de la buena y de la mala suerte y, una vez explicado eso, había que hacer lo posible para que les fuera bien.



José Muñoz Domínguez

Fundiendo el cobre



El Tomillar. Punzón de cobre y fragmento de un crisol para fundir.
(Las manchas verdes son restos de cobre)

Los recursos para vivir con los que contaban las gentes que habitaron en El Tomillar no eran otros que la agricultura, la ganadería, la caza y la recolección de lo que la naturaleza pudiera darles gratuitamente, como por ejemplo los frutos salvajes. Con esto podían vivir, pero precisaban algunos complementos que no estaban directamente a su alcance, por ejemplo el granito para los molinos o el cobre y el sílex para fabricar herramientas. Estos últimos debían conseguirlos a través del intercambio con otras gentes relativamente cercanas, como los habitantes del Valle Amblés, en el entorno de Ávila.

Sabemos que cultivaban cereales en el entorno de la aldea porque la investigación de los pólenes antiguos en la zona habla de cereal en las inmediaciones, pero además se han encontrado granos de trigo carbonizados que lo corroboran. También de una leguminosa, todavía no determinada con exactitud, similar al guisante. El hecho de que todos estos granos de trigo se hayan encontrado limpios, es decir sin malas hierbas asociadas, hace creer que se almacenaba en los silos limpio, después de alguna forma de trillado y aventado. Que en El Tomillar se cultivaran leguminosas paralelamente al trigo, como por ejemplo guisantes o habas, no sería nada extraño, ya que se conoce este cultivo en otros puntos cercanos de la Meseta. Su consumo sería en forma de harina o tiernos.

En la tónica de aprovechamiento de todo lo disponible estuvo sin duda la recolección de las bellotas y de avellanas, sobre todo de las primeras. La



Espigas de trigo similares a las halladas en El Tomillar

presencia de bellotas la determina el hecho de que el paisaje estuviera compuesto en buena medida por encinas, como ha demostrado con claridad la identificación de los fragmentos de carbón de las hogueras y del polen antiguo. Es sabido más directamente que hacia el siglo II a.C. el consumo de bellotas era importante entre los pueblos prerromanos. Sin duda era un recurso que venía de mucho tiempo atrás. Probablemente en El Tomillar se consumían molidas una vez secas, en forma de pan o mezcladas con agua o leche, es decir

lo que se conoce como *gachas*. El hallazgo de la cáscara de una avellana mineralizada, es decir convertida en piedra, hace pensar que hubiera avellanos en las inmediaciones del río Zapardiel y, naturalmente, que fueran aprovechadas también las avellanas.

El consumo de carne lo conocemos a través del estudio de la gran cantidad de huesos de animal desechados que se han conservado. Gracias a esos estudios sabemos que la cabaña ganadera doméstica estaba compuesta por ovejas, cabras, ganado vacuno y cerdo. Había también caballos domésticos ya en estos momentos. También había perros. El hecho de que aparezcan los huesos de caballos y perros indica que se consumían, aunque fuera más excepcionalmente. El estudio de las edades de sacrificio indica que vacas y caballos eran sacrificados sólo en la edad adulta. No era lo mismo cuando se trataba de ovejas, cabras y cerdos. En este caso sacrificaban también animales infantiles y maduros. Todo ello indica que en el sacrificio de animales se seguía una estrategia de control y reemplazo de las especies de la cabaña ganadera. La presencia de coladores de barro entre los recipientes habla del aprovechamiento de la leche para la fabricación de queso, como se ha indicado en páginas anteriores.

La caza tuvo su importancia también en la dieta. Al menos uros (una especie de toros salvajes ya extinguidos), ciervos, conejos y liebres fueron cazados y consumidos en El Tomillar. Hay constatado también algún resto de lince.

Una posibilidad más de investigación en la dieta de los habitantes de El Tomillar la ha dado el hecho de disponer de enterramientos humanos. Los antropólogos, a través de muestras obtenidas en los huesos humanos, pueden reconstruir los patrones de la dieta de un individuo en base a la presencia y su proporción de determinados elementos (calcio, fósforo, magnesio, zinc, hierro, vanadio, cobre, estroncio y bario) que se van depositando en los huesos provenientes de lo consumido. Las conclusiones aportadas por el estudio indican una gran importancia en la dieta de vegetales verdes, cereales y legumbres. Este consumo vegetal se complementa con un aporte considerable de frutos secos, previsiblemente de bellotas sobre todo. La carne



Depósito simbólico del cráneo de una vaca en el inicio de una fosa

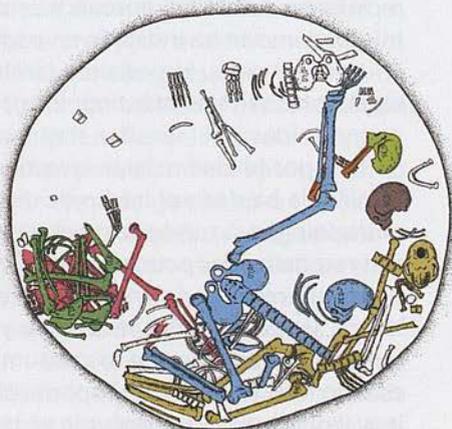
no se consumía en la misma medida. La aceptable cantidad de huesos de animal hallados producto del consumo, no indica necesariamente un alto consumo, es sólo la suma de los desechos a lo largo del tiempo. Un interesante detalle puede ser significativo: los hombres muestran un consumo algo mayor de carne que las mujeres. El consumo de derivados de la leche, posiblemente de queso, concuerda también con los hallazgos de los coladores de cerámica ya aludidos.

LA MUERTE EN EL TOMILLAR ●●●

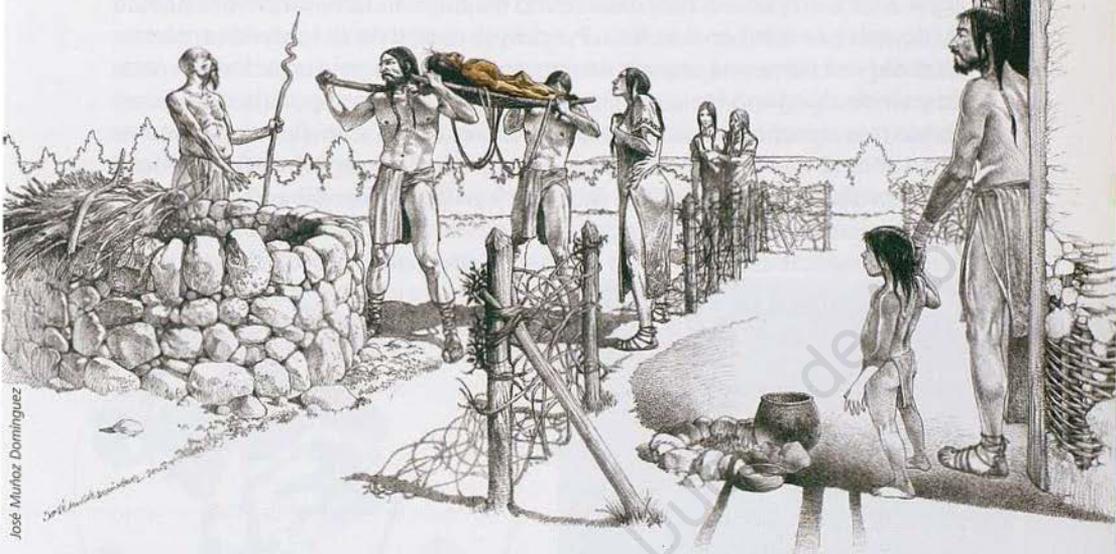
Detrás de la muerte los arqueólogos encuentran siempre mucha información. La muerte en la Antigüedad era un mundo lleno de complejidades nada fácil de desentrañar por la Arqueología. La muerte siempre ha sido más que el mero hecho de morir. El ritual de la muerte encierra muchos aspectos sociales que sirven para interpretar la vida y la forma de pensar de aquellas gentes y, sobre todo, aspectos de su organización social interna y de su relación con otras comunidades cercanas.

En la Edad del Cobre de la península Ibérica no es fácil encontrar enterramientos, por tanto las interpretaciones sobre la muerte no disponen de todos los datos necesarios para abordarla y esclarecerla. El Tomillar en ese aspecto es un yacimiento excepcional. Se han investigado por ahora dos fosas conteniendo enterramientos, con un total de 19 individuos cuyos datos relativos a la estatura, el sexo, la alimentación y las enfermedades han sido expuestos en apartados anteriores.

La ocupación de El Tomillar tuvo lugar en un momento muy interesante de la Historia, ya que es cuando comienzan a suceder los primeros atisbos de diferenciaciones sociales. Unos individuos empezaron a tener más que los otros y eso, como suele ser habitual en el género humano, era muy importante exhibirlo. En tiempos en que la forma de vivir era la mera subsisten-



Osario colectivo en la Fosa 1 de El Tomillar



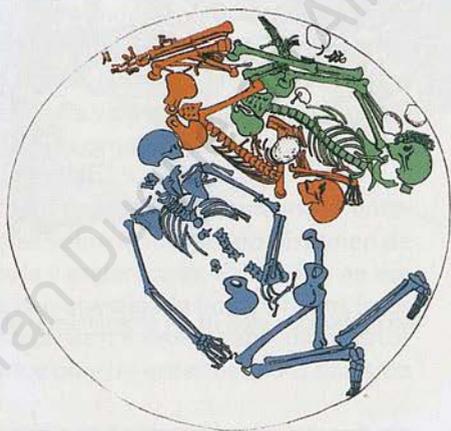
Reconstrucción ideal de un enterramiento en el osario de la Fosa 1 de El Tomillar

cia, tener más cabezas de ganado y obtener más grano en la cosecha, convertía a quien lo tenía en poseedor de algo codiciado por los demás. En muchos casos debió de convertirlos también en jefes o jefecillos de grupos de aldeas. Con frecuencia en este tiempo y en los que siguieron, aquellos individuos que tenían más que los demás, se preocupaban también de ostentarlo a través de la muerte. La muerte se convertía por tanto en una exhibición, algo que no ha dejado de serlo hasta el presente. Por lo mismo los rituales implicarían ostentación. El ajuar que acompañaba al difunto era otra forma de decir que ese individuo estaba en algo por encima de los demás. En cada época esa exhibición se produjo de acuerdo con el tiempo de que se trataba.

Las dos fosas con enterramientos halladas en El Tomillar no muestran exhibición alguna de la muerte, tampoco aparecen ajuares asociados que pudieran traslucir el prestigio social de los enterrados. Ambas fosas muestran un ritual formalmente distinto, pero siempre ajena a ostentaciones.

En la Fosa 1, prácticamente a ras del suelo que ellos pisaron, fue excavada una fosa circular de 2 m de diámetro y allí llevaron los huesos de al menos 11 individuos. Los llevaron después de haber estado en otro lugar, porque los huesos no guardaban la conexión anatómica. Se ve con claridad cómo los muertos más recientes estaban más completos y los fallecidos mucho antes, tenían los huesos ya completamente sueltos.

Es posible que se encontraran sin enterrar, guardados o expuestos en algún sitio, en algún lugar habilitado especialmente para la corrupción de los cadáveres. Por alguna razón, tal vez porque se marchaban de la aldea o por alguna otra que ahora desconocemos, les trajeron al lugar donde habían vivido enterrándolos en una fosa. Puede que dentro de su forma de entender las cosas eso fuera una especie de reintegración al lugar donde habían nacido y vivido. Ninguno tenía el más mínimo ajuar. Los antropólogos han averiguado que al menos había restos de 11 individuos. Seis de ellos eran menores de 14 años (2 menores de 2 años, 1 de 6, 2 de 8 y 1 de entre 10 y 14 años). Sólo 1 tenía entre 14 y 20 años, 3 entre 20 y 40 y 1 entre 40 y 60 años.



El Tomillar. Enterramiento múltiple de la fosa 13

El enterramiento de la Fosa 13 es diferente. Aquí parecen enterrados todos al mismo tiempo. Si no fallecieron simultáneamente, al menos estaban aceptablemente conservados cuando fueron enterrados en el fondo de una fosa. Había, bien colocados, tres adultos (dos mujeres de 40-45 y 20-25 años respectivamente y un varón de entre 30 y 35 años). Con ellos, agrupados todos en uno de los bordes de la fosa, estaban cinco bebés, tres niñas de 1-2 meses, otra de 6 meses y un niño de 1-2 meses. No extraña el hecho de que murieran niños tan pequeños, ya que tal cosa debía ser algo muy frecuente. Lo que extraña es que les enterraran a todos juntos y en una misma fosa con adultos. Eso hace a la tumba de El Tomillar verdaderamente excepcional. Hasta que no sea posible llevar a cabo estudios de ADN no podremos saber si cada niño pertenecía a un parto independiente o hubo un parto múltiple o varios. Pero este detalle y otros relacionados con el parentesco, posiblemente pronto serán dilucidados a través del ADN. El único ajuar que merecieron fue la mitad de un cordero pequeño, tal vez como viático hasta el más allá o como resto del banquete funerario.

Los enterramientos de El Tomillar evidencian que fue una modesta aldea en la que a los muertos se les retornaba simbólicamente al lugar donde habían vivido y donde la *convivencia* entre vivos y muertos se consideraba parte del discurrir vital. Pero entre otras muchas informaciones esos enterramientos hablan con nitidez de las penurias de la vida en ese tiempo, la alta mortalidad de los niños provocada por la mala alimentación y la falta de higiene, de la poca esperanza de vida al nacer, el alto riesgo de muerte en las mujeres y por tanto la importancia de éstas como aseguradoras de la continuidad del grupo.

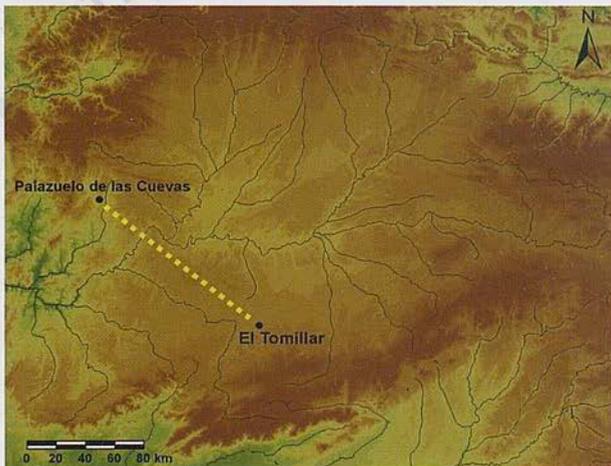
No sabemos el peso real de las mujeres en ese tiempo, pero podemos imaginar su valor como garantía de supervivencia. De ahí que los intercambios de mujeres, las bodas y sus dotes fuera uno de los grandes acontecimientos que pudieran darse.



RELACIONARSE CON OTROS LUGARES ●●●

Aunque parezca difícil de creer por la falta de medios de desplazamiento, en tan remotos tiempos había contactos a larga distancia. Sin duda los había con más intensidad que los que la Arqueología puede mostrar. En El Tomillar hay una prueba contundente de ello: se trata de dos cuentas de collar de una roca de color verde pálido denominada variscita. Estas cuentas proceden, bien en bruto o ya elaboradas, de la provincia de Zamora, de un lugar denominado Palazuelo de las Cuevas. No es un caso único. Hacía más de mil años que llegaban desde ese sitio estas piedras para elaborar cuentas o amuletos. Su simbología debía ser muy grande para que fueran utilizadas de forma generalizada en toda la península Ibérica. Este tipo de roca la hay en la provincia de Barcelona (Gavá) y en la de Zamora. Desde ambos lugares se distribuía por la península Ibérica según las proximidades a los focos de existencia de la roca. No hay lugar al que no llegara, eso da idea del carácter y la importancia simbólica de ese tipo de piedra.

Otra prueba de las relaciones con el exterior que los habitantes de El Tomillar tenían es la presencia de molinos de granito, de mineral de cobre y de piezas de sílex. Ninguno de esos tres elementos había en las inmediaciones. Como muy cerca había que irlo a buscar a los alrededores de la ciudad de Ávila. Pero allí había otras aldeas que considerarían tales materias primas como propias por estar en su territorio, de ahí que hubiera que entablar relaciones de amistad, organizar intercambios o alguna otra manera para obtenerlo. Tal vez sea por esas relaciones por lo que encontramos una gran similitud general entre los objetos y las decoraciones cerámicas entre la zona de El Tomillar y el valle Amblés. Quizá el hecho de que se dieran mejores cosechas en la zona de El Tomillar y por tanto la posibilidad de algún superávit en grano, este fuera la moneda de cambio para obtener lo que ellos no tenían: el sílex y el cobre para las herramientas y el granito para los molinos.



Distancia entre El Tomillar y Palazuelo de las Cuevas, lugar de procedencia de la variscita

RECONSTRUCCIÓN DE LA VIDA EN EL TOMILLAR ●●●

La Arqueología proporciona un puzzle de datos que hay que componer. Hasta aquí se han mostrado las piezas que poseemos por el momento. Si las juntamos cuidadosamente dan un relato general de lo que sucedió en El Tomillar en algún momento entre los años 2600 y 2300 antes de nuestra era.

Lo que hoy se conoce como la Moraña y la tierra de Arévalo tenía hace unos 4500 años un paisaje diferente, aunque el clima era aproximadamente el mismo que hoy. Una extensa masa de arbolado compuesta por pinos y, sobre todo, por encinas cubría las llanuras habituales de esta zona. Con frecuencia surgían en el paisaje lagunas que se mantenían durante toda o buena parte del año. Estas, con los ríos y arroyos, entonces con más caudal que ahora, eran referencia obligada para los habitantes de la zona, porque sin agua no hay vida. Vivir por tanto en el entorno de esos lugares era fundamental.

Pequeñas aldeas, a las que podría llamarse con más propiedad *granjas*, poblaban el paisaje a ciertas distancias las unas de las otras, por aquello de tener un territorio propio, ocupando lugares con buena visibilidad sobre las tierras que cultivaban y las zonas de pasto. Una de esas granjas fue El Tomillar. Seguramente no más que una familia de campesinos con todos sus miembros eligió para vivir la loma que quedaba entre el río Zapardiel y una de esas lagunas frecuentes en el paisaje. El tenerlo todo a la vista desde la loma, el estar a salvo allí de inundaciones y crecidas, y algunas otras razones menos evidentes, hicieron elegir ese sitio concreto para vivir. Pero antes de eso alguien había reparado en la fertilidad de los terrenos, en los buenos pastos de la pradera inmediata al río, en la presencia de agua, la facilidad del tránsito por la zona y también en la abundancia de caza. No eran un grupo numeroso, serían una familia de unos diez o quince miembros dedicados a la agricultura y a la ganadería. Sus campos de cultivo, sembrados de trigo y de cebada, estarían inmediatos a la aldea y protegidos lo más posible por empalizadas. Perderlo a manos de depredadores hubiera supuesto un gravísimo estrago, porque su dieta dependía en mucho del consumo de cereales. No era bastante con la producción de cereal, necesitaban la carne y la leche, esta entre otras cosas para hacer queso, cuyo alimento era una garantía de mejor nutrición y un aporte de calorías muy necesario. Su descubrimiento, tiempo atrás, había supuesto un avance notorio a la mejora de la vida. Para todo esto mantenían una cabaña ganadera compuesta por ovejas y cabras, sobre todo, pero también por algunas vacas y cerdos. Así mismo entre sus animales había ya caballos domesticados que les ayudarían a trasladarse cuando fuera necesario cubrir ciertas distancias. Sabían lo que se hacían con los animales domésticos. Tenían una estrategia bien diseñada de sacrificios para asegurarse la renovación y el crecimiento de la cabaña. De cuando en cuando, cada vez que se ponía algo salvaje a tiro (ciervos, conejos, uros, jabalís), se cazaba también. Lo hacían para comerlo y para que no fueran una amenaza de los sembrados, con los que siempre había que tener el ojo bien abierto.

Cada año la cosecha era una preocupación hasta el mismo momento de recogerla y tenerla a buen recaudo. Entonces era el momento para festejarlo. Lo festejarían con los miembros de otras aldeas vecinas en una fiesta para todos, donde se daba gracias a la naturaleza porque les concediera la posibilidad de vivir en estabilidad un año más. Sería el momento de llevar a cabo sacrificios, banquetes y toda una serie de rituales que les permitían a todos sentirse vecinos, amigos y ligados a un territorio cuya propiedad venía de muy atrás, como lo certificaban algunas de las tumbas y monumentos construidos en tiempos en los que la memoria no abarcaba, tiempos que se citaban como míticos, en los que los ancestros más notables habían llevado a cabo gestas objeto de veneración. En aquellas fiestas y también en otras que les convocaban a todos, se acordaban matrimonios y dotes, se planificaban acciones y ritos conjuntos y se intercambiaban presentes como forma de buena voluntad, a la vez que se levantaban monumentos conmemorativos encaminados a simbolizar la unión de todos en el presente y en el pasado.

En estos eventos aquellos personajes del conjunto de las aldeas que habían adquirido una importancia económica superior como consecuencia de sus éxitos en la producción de alimentos, aprovechaban las congregaciones para hacer gala de su diferencia frente al resto, que normalmente vivía con lo justo. Lo que les sobraba de la producción lo invertían con frecuencia en organizar banquetes para todos, en adquirir aquellos objetos que no estaban al alcance de la mayoría, venidos de muy lejos y que al poseedor le convertían en un ser distinguido, es decir con algo que no tenían los demás. En esto también consistía la diferencia. (Algunos miles de años después, no hemos cambiado tanto en el fondo, aunque lo hayamos hecho en la forma). No muy lejos de El Tomillar, a unos 30 km al noreste, en el municipio de Fuente Olmedo, al sur de la provincia de Valladolid, uno de estos personajes, después de derrochar en vida su prestigio y su ser delante de la colectividad, se hizo enterrar con un lujoso ajuar para el tiempo de que se trataba: una diadema de oro de 31 gr de peso, un puñal de cobre, once puntas de flecha y varios vasos cerámicos, vistosa y costosamente decorados. Cuando los arqueólogos hallaron la tumba ya no quedaban evidencias del monumento que debió ir acompañándola, pero sin duda lo tuvo, porque aquel personaje había querido también dejar claro su liderazgo cuando se produjera su muerte. Desprenderse de tales objetos, siendo cuánto era su valor, era una forma de decir cuánto valía como personaje social y cuánto le sobraba.

Los habitantes de El Tomillar acudirían a estos eventos y participarían de alguna manera en el orden social que a todos los de las aldeas cercanas acogía. De este modo, participando en la organización creada por todos para relacionarse, les llegarían esposas y maridos procedentes de otras aldeas. Unos y otros eran garantía de la necesaria continuidad de la estirpe. Sin el nacimiento de nuevos miembros y su llegada sanos al tiempo de poder aportar trabajo todo estaba en peligro. Y lo estaba más sabiendo como sabían que la vida era muy corta, que estaba siempre amenazada por las enfermedades, por los problemas en los partos para las mujeres y por las dificultades para

salir adelante de los recién nacidos. Ante este panorama aquellas gentes debieron desarrollar un complejo mundo de ritos y creencias destinado a explicar las causas de sus males y a garantizar a través de ceremonias que la desgracia no les extinguiera.

La muerte sin duda era objeto de una gran preocupación en sus vidas. Era tan frecuente y tan habitual que existiría toda una ideología que la interpretaba, controlaba y canalizaba. Ninguna cultura ha escapado al hecho tan trascendental como es la pérdida de la vida, creando los rituales para la muerte inmediata y la ideología para explicar el después. Es difícil saber mucho de todos estos ritos porque las huellas de la ideología no se hallan de forma tan evidente como las de la tecnología, por ejemplo. Posiblemente había en las inmediaciones de El Tomillar un lugar dedicado a los muertos. Un sitio más o menos al aire libre o a cubierto sin necesidad de estar enterrados, donde permanecían un tiempo. Allí se corrompían, sin quedar sus miembros dispersos, de forma que cuando en un determinado momento decidieron reintegrarlos al lugar donde habían vivido, a la aldea, muchos aún guardaban sus conexiones anatómicas y así fueron enterrados en la fosa. De este modo volvían a vivir entre los vivos, como si no hubieran muerto del todo. Expuestos durante más o menos tiempo, lo importante era que estuvieran cerca. Así, los muertos estaban próximos a las actividades que habían desarrollado en vida y quizá de ese modo les protegían desde una dimensión donde eso era posible en su forma de explicar el más allá. Estaban cerca de actividades básicas como la excavación de los silos donde se guardaba el cereal, de la fabricación de recipientes cerámicos y las herramientas de hueso, de las de piedra y de madera, de la complicada fundición del cobre a partir del reciclado de herramientas viejas o del mineral en bruto transportado de otras partes, de la confección de tejidos a partir de la lana de las ovejas y de la toma de decisiones que conllevaba la vida a corto y medio plazo.

Un día abandonaron el lugar camino de otro sitio porque ya en el que habían vivido no les ofrecía las mismas posibilidades que les ofreció en su momento, o por alguna otra razón desconocida que no parece que fuera violenta. Con los ganados y con aquellas pertenencias más esenciales se marcharon. Desde ese momento se hizo el silencio en el lugar, nunca más volvió a darse allí el ambiente habitual del ir y venir de las mujeres y los hombres, del bullicio de los niños, del trasiego de los ganados y también de la tristeza de la muerte. Se marcharon dejando como huella de su vida todo lo que no querían o no era fácil transportar, así como los desechos de lo que fue su paso por el lugar, en forma de recipientes de cerámica rotos, huesos de las comidas esparcidos por el suelo, objetos frustrados durante su fabricación y la memoria de sus antepasados cubierta por la tierra. Desde ese momento empezó a correr el tiempo para que un día de finales de septiembre de 1989 un grupo de arqueólogos acompañados de un heredero de la vida en los mismos campos, más de 4.000 años después (Fidel Rodríguez), encontraran los primeros indicios, iniciándose el proceso científico de averiguar quiénes fueron y cómo vivieron. Nunca ellos, ni con la más aguda de las imaginaciones en

aquel tiempo remoto, pudieron imaginar que el tiempo llegara tan lejos y las circunstancias y la tecnología de ese tiempo fueran como son para saber todo lo más posible de sus vidas. Y menos aún podían sospechar que gente tan humilde como fueron ellos iban a convertirse en tan famosos. De alguna manera este es un homenaje a ellos, a su vida dura y sencilla, que fue –no debemos olvidarlo– un necesario jalón para llegar a la nuestra de hoy.



Bercial de Zapardiel desde El Tomillar

ISBN 849643384-7



9 788496 433847



Ayuntamiento de Bermejo de Zapardiel

Inst. Gran
904(